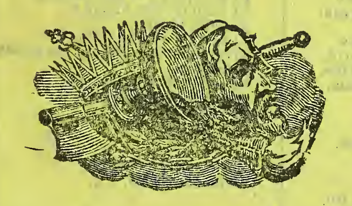


EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL HIJO DE LA CARIDAD,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1861.

6

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chir
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos es
Los dos inseparables
La pesadilla de un
La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huéspedes
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres
Los amantes de Teru
La verdad en el espe
La banda de la Cond
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid
La Madre de San Fe
Las flores de Don Ju
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria
La bolsa y el bolsillo
La libertad de Flore
La Archiduquesita.
La escuela de los am
La escuela de los pe
La escala del poder.
Las cuatro estacione
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien a
La mujer del pueblo
Las bodas de Camac
La cruz del misterio.
Los pobres de Madri
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castil
La calle de la Monte
Los pecados de los pa
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicient
La peor cuña.
La choza del almadr
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vien
Le agenda de Correl

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.



EL HIJO DE LA CARIDAD.

EL HIJO DE LA CARIDAD,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representado con extraordinario aplauso en el teatro de Novedades el 24 de Octubre de 1861.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA, huérfana, 24 años.	D.ª MARIA RODRIGUEZ.
ELENA, 16.............	D.ª PURIF. GUANTER.
LA CONDESA, 50.......	D.ª LORENZA SEGARRA.
ANDRÉS, expósito, 23....	D. JUAN ALBA.
JUAN (el Duende), id., 23.	D. JOSÉ CÓRCOLES.
EL BARON, marino, 50..	D. ANTONINO BERMONET.
MATEO, jiboso, 55.......	D. CEFERINO HERNANDEZ.
D. MIGUEL, 45.........	D. ATANASIO MARÉ.
ARTURO, 25...........	D. EDUARDO IROBA.
UN CRIADO NEGRO.....	D. JOSÉ DIEZ.
UN OFICIAL DE MARINA.	D. JOSÉ BULLON.

Operarios de la fábrica.—Acompañamiento.

La accion en Barcelona. Época actual.

DOS PALABRAS.

Para esta obra, que, como otras muchas que no lo son, pudiera pasar por original, me ha dado el asunto una comedia francesa. No he querido llamarla traduccion, porque no lo es, como se deduce de su misma forma. Tampoco he querido llamarla arreglo, porque con este nombre se bautizan ya generalmente las que son meras traducciones. Con lo dicho basta para acallar un escrúpulo de mi conciencia, y para que conste que de los muchos aplausos que el público indulgente ha tributado á esta produccion, no quiero para mí sino la parte que de derecho pueda corresponderme por lo que lleva de mi propia cosecha.

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Interior de una fábrica [1]; tres arcos al fondo, que dan á un patio, donde hay varios talleres. Á la izquierda, puerta que conduce al exterior; otras dos á la derecha; la segunda vá al interior. En el fondo, junto á los arcos, operarios que trabajan, entre ellos Andrés y Juan. Á la derecha, en primer término, un escritorio, y alrededor varias sillas. Sobre la mesa libros de comercio y papeles.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS y JUAN, trabajando entre los operarios, D. MIGUEL y MATEO, escribiendo.

MATEO. Son cuarenta mil reales.
MIGUEL. Dice usted bien.
MATEO. Salvo yerro.
MIGUEL. Asi en el pagaré consta...
MATEO. Que mañana vence, creo.
MIGUEL. Es igual. Entre nosotros...
MATEO. No habrá justicia por medio.
JUAN. (Cantando.)
Guerra, guerra al infiel...

---

1 La clase de fábrica queda á eleccion de los directores de escena, que podrán presentar la que les sea mas fácil y menos dispendiosa. Las acotaciones se tomarán desde el público.

MATEO. (Interrumpiéndole y dirigiéndose á Andrés.) ¡Calla!
¡Si te tragara el infierno!...
¿Quieres callar? Ese estúpido...
Tocado estoy de los nervios.
Andrés... ¡Me tienes muy harto!

ANDRES. Si no soy yo.

MATEO. ¡Estamos frescos!
Le he dicho ya cien mil veces
á ese pillastre... cunero,
que calle, y por eso mismo
está siempre hecho un... becerro!

ANDRES. Le he dicho á usted que no soy
yo.

MATEO. Ea, calle el arrapiezo,
y no replique.

ANDRES. (Á los operarios.) Señores,
¿hay quien aguante ya esto?
Vosotros me sois testigos...

JUAN. (Con tono burlon.)
Si fuí yo, papá Mateo.
Me olvidé de su mandato...
¡Qué mala memoria tengo!

MATEO. Pues como yo me levante...

JUAN. No se enfade usted por eso.
Ya sé que está usted cargado...
de razon; pero ¿qué hacemos
para entretener el hambre
hasta que llegue el almuerzo?

MATEO. Callar y tener paciencia.

ANDRES. ¿Está usted ya satisfecho?

MATEO. No tengo que darle parte
á nadie; á tí, mucho menos.

ANDRES. (Ap.) ¡Téngame Dios de su mano,
porque si no... quizás...

JUAN. (Por lo bajo.) Déjalo.
Asi le hacemos que rabie.
Mientras tengamos contento
á don Miguel, que es el amo,
al jorobeta no temo.

MIGUEL. (Mirando el reloj.)
Las nueve. Voy, que ya es hora
que les traigan el almuerzo.

(Vánse Miguel y Mateo por el foro derecha, y en seguida se oye una campana. Todos los operarios acuden al patio, volviendo al instante al proscenio Andrés y Juan.)

JUAN. (Á Mateo, al salir este.)
Adios, papá Mateito.
No tenga usted tan mal genio.

MATEO. (Riendo.)
¡Truhan!... el duende te llaman,
y el nombre está muy bien puesto.

JUAN. Como el de usted, papaito...
(Ap.) Si le llamaran camello.
(Se oye la campana.)
¡Atencion! Dios te bendiga,
campana. Tus dulces ecos
son mas dulces, porque dicen:
«dad de comer al hambriento.»
¡Al patio!

ANDRES. No tengo ganas.

JUAN. (Llevándoselo.)
Anda, y no seas majadero.
Recojamos el mendrugo,
y á quien nos mata matemos.
(Entran en el patio con los demas obreros.)

VOZ. (Dentro.)
¡Mi racion!

OTRA. Venga la mia.

OTRA. ¿Y á mí?

OTRA. ¿Y á mí?

OTRA. Haya silencio.

JUAN. Venga la racion del duende...
y la de su compañero.

ESCENA II.

ANDRÉS, JUAN.

ANDRES. (Tomando un pedazo de pan y otro de queso de manos de Juan, que come su racion con voraz apetito.)
¿Ves tú? almuerzo de ratones.

JUAN. Pan y queso; está muy rico.
Cómelo y bebe agua, chico,

verás qué tripa te pones.

ANDRES. No tengo gana.

JUAN. ¿Estás loco?
Mira, el comer y el rascar...

ANDRES. No lo puedo atravesar.

JUAN. Pues á mí me sabe á poco.
Y hoy que el pan está algo tierno...
Pero qué, ¿estás enfadado
por eso del jorobado?
Anda, y envíalo á un cuerno.
¡Pues eso solo faltaba!
De aqui á seis meses cabales
tú y yo somos oficiales;
pronto esta vida se acaba.
Mientras, no hay mas que callar
y obedecer á quien mande.
¿No es peor la casa grande?
Yo no me quiero acordar.
Aqui al menos se respira
con mas libertad que allí.
¿Qué te importa á tí, ni á mí,
del jorobado la ira?
Me dirás que te aborrece:
á mí lo mismo me pasa;
pero el amo de la casa,
ya ves, no se le parece.
Él nos estima á los dos.

ANDRES. Pero quien manda es el otro.

JUAN. ¿Quiere ponerte en un potro?
Ríete de él ¡voto á brios!

ANDRES. Temo, Juan, temo que un dia
la paciencia se me acabe;
y entonces... solo Dios sabe
adónde llegar podria.
Él entre ojos me ha tomado;
me llama siempre el cunero...

JUAN. ¿Y eso es todo? ¡Majadero!
¿Qué costilla te ha quebrado?
¡Cunero! Tambien lo soy;
me lo llama y no me pico.
¿Soy yo mas pobre ó mas rico?
Como me estaba me estoy.

Eso no es ninguna afrenta.
¿Fué nuestra la culpa, di?

ANDRES. No.

JUAN. Entonces, ni á tí ni á mí
tienen que pedirnos cuenta.

ANDRES. Pues bien, yo... por eso mismo...
Lo dice por insultarme,
Juan, y si llego á cegarme
voy á romperle el bautismo.

JUAN. Deja que seas oficial;
yo entonces te ayudaré.

ANDRES. Es que... quizás no podré
contenerme.

JUAN. Harás muy mal.
Tú tienes poca experiencia
y eres ligero de chola.
Este mundo es una bola
y hay que rodar con paciencia.

ANDRES. Juan, tú eres un buen amigo...

JUAN. Y lo seré hasta la muerte.
¿Cómo no habia de quererte
si me he criado contigo?
En un dia nos llevaron
allá; juntos nos pusieron;
un solo lecho nos dieron
y jamás nos separaron.
Ya ves, si no te quisiera,
claro, y lo mismo tú á mí,
¿qué tendriamos aqui? (Señala al pecho.)
dos corazones de fiera.

ANDRES. Tienes razon.

JUAN. De seguro.
Hombre, y no nos parecemos.
En tí todos son extremos,
y yo por nada me apuro.
Tú andas hecho un figurin
en cuanto el traje permite,
y á mí nada hay que me irrite
tanto como un corbatin.
Tú andas siempre con lecturas;
gran cuidado en hablar pones,
y yo... ciertas expresiones

las oigo, y me quedo á oscuras.
Tú sueñas con la esperanza
de encontrar quién te dió el ser,
y yo no quiero tener
mas familia que mi panza.

ANDRES. Yo por hallarla daria...
¡qué sé yo! mi vida entera.

JUAN. ¿Aun cuando tu padre fuera
un moro de Berberia?

ANDRES. ¿Qué importa? Al fin era un padre.

JUAN. Yo prefiero estar sin él,
ya que ha sido tan cruel...
lo mismo culpo á mi madre.
Padre que abandona á un hijo
y sol que entre nubes pasa,
son con diferencia escasa
la misma cosa, de fijo.
Asi, Andrés, echa tu cuenta
y olvídalos sin dolor,
que es un padre sin amor
como el sol que no calienta.

ANDRES. Sin embargo, Juan, ¿quién sabe
las causas que pudo haber
para obligarles á hacer...

JUAN. El hecho, Andrés, es muy grave.
Á tí esperanza te dieron,
y te han causado un gran mal
con ponerte esa señal
que en el brazo te pusieron.

ANDRES. ¡Es verdad!

JUAN. ¿No es ya un capricho
estarte todos los dias
por eso hecho un Jeremias?
Yo por mí... lo dicho dicho.
Alégrate, ¡voto al diablo!
Si no tomas mi consejo
no vas á llegar á viejo.
Hoy como un libro te hablo.

ANDRES. ¡Si pudieras comprender,
Juan, lo que aqui estoy sufriendo!

JUAN. ¡Pues vaya si lo comprendo!
Pero ¿qué quieres hacer?

ANDRES. Ese hombre, que es mi enemigo,
me tiene siempre entre ojos,
y asi todos sus enojos
viene á pagarlos conmigo.
JUAN. ¡Toma! y yo otro tanto hiciera.
La que él quiere á tí te ama.
Si le has soplado la dama,
¿cómo quieres que te quiera?
ANDRES. Ya ves qué necia porfia.
JUAN. Pero lo que mas me extraña
es el que piense esa... araña
en el amor de Maria.
ANDRES. La vé sola, sin amparo...
y en tan triste situacion...
JUAN. Se vale de la ocasion,
y quiere comprarla, es claro.
El tio jorobas lo entiende.
ANDRES. Por eso á mí me atropella.
JUAN. Pero, por fortuna, ella
es mujer que no se vende.
¡Pobre chica! trabajando
de la noche á la mañana
por sostener á una anciana...
ANDRES. Hoy su amor le está pagando.
La tia Marta la encontró
recien nacida á su puerta,
de hambre y frio casi muerta,
y de madre le sirvió.
Le paga, y hace muy bien;
y si yo puedo algun dia
seré, al igual de Maria,
su nuevo amparo y sosten.
Ahora lo que me atormenta
es ver á Maria aquí,
sufriendo siempre por mí,
al ver cómo se me afrenta.
Y el maldito jorobado,
que á todas partes la sigue.
JUAN. Si; pero nada consigue.
ANDRES. ¡Quién sabe! Ya ha interesado
al amo; hablará por él;
y acaso, acaso algun dia...

Ya sabes tú que Maria
quiere mucho á don Miguel.

JUAN. El pobre se vé obligado,
y contra su voluntad.
(Con misterio.) Debe una gran cantidad
al tuno del jorobado.

ANDRES. ¿De veras?

JUAN. Por eso aqui
el bribon levanta el gallo.
Yo lo sé todo... y me callo;
porque... ¿qué me importa á mí?
(Mirando á la puerta derecha.)
Pero... Allí viene Maria.

ANDRES. ¿Si? Déjanos un momento.

JUAN. Ya voy... á tomar el viento,
pues, y á servirte de espia.
Ya es cosa de obligacion.
Descuida, que allí estaré.
Si alguien viene avisaré
empezando mi cancion.
Y para pasar el rato,
ya que tú no quieres eso...
me llevaré el pan y el queso,
no se lo coma algun gato.

ANDRES. Vete ya, Juan.

JUAN. Sin demora.
Adios y descuida, Andrés.
Aqui está. ¡Qué tonto es
el hombre que se enamora!
(Váse comiendo por el foro; Maria entra por la puerta derecha.)

ESCENA III.

MARIA, ANDRÉS.

ANDRES. (Ap., al verla llegar.)
¡Qué hermosa, Dios mio!
¡Un ángel del cielo!

MARIA. (Con timidez.)
Andrés, buenos dias.

ANDRES. Ya, al verte, los tengo.

¿Cómo está la enferma?
MARIA. Penando y sufriendo.
Mira si alguien viene.
Que me sigan temo.
ANDRES. Juan está observando;
sabes que no es lerdo,
y si alguien se acerca
avisará luego.
MARIA. Tengo que decirte...
ANDRES. Habla sin rodeos.
MARIA. Hace una semana,
poco mas ó menos,
me diste un encargo...
ANDRES. Si, ya lo recuerdo:
de que me compraras...
MARIA. (Sacándolo del pecho y mostrándolo.)
Míralo, un pañuelo.
Si no es de tu gusto...
ANDRES. ¡Cómo no ha de serlo!
¿Á ver?
MARIA. (Con timidez) Lo he marcado...
ANDRES. Gracias, ya lo veo.
Una A... ¡y qué hermosa!
Pero junto advierto
una M chiquita...
¡Dios mio! ¿es un sueño?
MARIA. Por entretenerme...
por pasar el tiempo...
me sobraba un cabo...
Si no estás contento
puedes deshacerla,
que eso se hace presto.
ANDRES. ¡Deshacerla dices!
¡Jamás! y en mi pecho
lo llevaré siempre
cual dulce recuerdo.
Solo los domingos
me lo pondré al cuello...
MARIA. Pero irás á verme.
Ya el permiso tengo.
Mi madre adoptiva
te quiere en extremo,

porque yo le he dicho
que tú eres muy bueno...

ANDRES. ¡Ah! ¡gracias, Maria!
Ya tengo deseos
de ir, y de abrazarla
como un hijo tierno.
Si, yo iré decirle
que mucho te quiero;
que es mi fin honrado;
que en llegando el tiempo
que mi jornal baste
á nuestro sustento,
á tí quiero unirme
con vínculo eterno,
si tú no desprecias
al pobre... inclusero.

MARIA. Andrés, ese agravio
de tí no merezco.

ANDRES. Perdona.

MARIA. Sin padres,
hermanos ni deudos,
sabes que en el mundo
como tú me encuentro,
y que en tu cariño
mi esperanza tengo.

ANDRES. Pues oye, Maria: (Descubriéndose.)
ante Dios te ofrezco
que he de ser tu esposo.

MARIA. Basta, Andrés, te creo.
(Se estrechan la mano.)

ANDRES. ¡Qué feliz me haces!

MARIA. ¡Yo no lo soy menos! (Pausa.)
¡Ah! falta otra cosa
que decirte quiero.

ANDRES. Dí.

MARIA. Desde mañanà
ya no nos veremos
aqui.

ANDRES. ¿Quién lo impide?

MARIA. El que yo no vengo.
Aquella señora,
de que hace algun tiempo

te hablé, cuya hija
tanto bien me ha hecho,
quiere que en su casa
trabaje.

ANDRES. Me alegro.

MARIA. Pero los domingos
tendremos por nuestros,
y yo estaré en casa,
y allí nos veremos.
(Juan canta fuera.)

ANDRES. ¡Ah! ¡Juan nos avisa!
¡Qué miro! Es Mateo...
viene con el amo...

MARIA. ¡Cuánto le aborrezco!

ANDRES. Quizás á buscarte...

MARIA. ¡Oh! ya no le temo;
y si á hablarme vuelve...
ser franca prefiero.

ANDRES. Adios.

MARIA. No te vayas;
espera un momento.

ESCENA IV.

DICHOS, D. MIGUEL, MATEO.

MATEO. (Entrando, á Miguel.)
Ya los vé usted, siempre juntos.

ANDRES. (Haciéndose el distraido y cantando.)
Trá, lará, larí, laró.

MATEO. (Á Andrés.)
¿Qué haces tú aqui?

ANDRES. ¿Que qué hago?
¿Pues qué, no lo está usted viendo?
Paseándome y cantando.

MATEO. Véte al instante allá fuera,
donde estan todos, al patio.

ANDRES. Como tengo aqui mi sitio...

MATEO. Luego que empiece el trabajo
puedes volver; pero mientras
véte... y pronto.

ANDRES. (Ap.) ¡Á este galápago

voy á romperle la concha
el dia menos pensado!

MATEO. (Á Maria, que se dirige á la puerta derecha.)
Tú quédate aqui, hija mia.
Don Miguel, si no me engaño,
tiene que hablarte...
(Á Andrés.) ¿Qué esperas?

ANDRES. Si, señor, si ya me marcho;
pero... como usted me aturde...
tengo que andar mas despacio.
(Ap.) ¡Si yo pudiera escuchar
lo que vá á decirle el amo!...
(Váse por el foro.)

ESCENA V.

MATEO, D. MIGUEL, MARIA.

MATEO. (Ap. á Miguel.)
Vamos, no pierda usted tiempo.

MIGUEL. Maria... (Ap.) ¡Que un hombre honrado
tenga que hacer un papel
tan miserable y tan bajo!

MATEO. (Á Maria.)
Óyelo bien, cual si fuera
un padre el que te está hablando.

MIGUEL. Maria... sé que hay un hombre
muy digno de ser amado...
que en tí ha fijado los ojos...

MATEO. Y el corazon.

MIGUEL. Y por tanto
desea que tú le digas
si estás dispuesta á aceptarlo.

MARIA. Y bien... ¿quién es ese hombre?

MATEO. Un amante apasionado,
á quien tú conoces mucho.

MARIA. ¿De vista?

MATEO. Y tambien de trato.

MARIA. Pues mire usted que no atino...
¿Es jóven?

MIGUEL. (Perplejo.) No diré tanto.

MARIA. ¿Es buen mozo? ¿alto? ¿derecho?

MIGUEL. (Con embarazo.)
Eso es segun... porque hay casos...
(Mirando á Mateo, que le hace señas.)
Segun como se le mire.
De hermosura... fuera en vano
hablar tratando de un hombre;
y si rectitud buscamos
puede haberla en la conciencia.
MATEO. Habla usted como un oráculo.
MARIA. Segun eso el tal amante
tendrá quizás tantos años...
como el señor. (Señalando á Mateo.)
MIGUEL. Justamente.
MARIA. De hermosura...
MIGUEL. Allá nos vamos.
MARIA. Y quizás será tambien
un poquito jorobado.
¿No es verdad?
MATEO. (Riendo.) ¡Diablo de chica!
En todo vas acertando.
MARIA. Un novio... á pedir de boca!
MIGUEL. Pero escucha: tiene en cambio
de esos ligeros defectos
una posicion, que al cabo...
puede hacerte muy dichosa
sacándote de ese estado
en que te ves por desgracia.
MARIA. ¿Quiere usted que le hable claro?
Pues aunque tenga mas oro
que él y yo juntos pesamos,
hombre á quien yo amar no pueda
nunca alcanzará mi mano;
porque, aunque soy muy pobre,
ni me vendo ni me cambio.
MATEO. Maria, y si yo te digo
que ese hombre que te ama tanto
soy yo? Mírame y responde.
MARIA. No lo tome usted á agravio;
pero... ni usted me conviene
ni yo á usted.
MIGUEL. (Á Mateo.) Es excusado
insistir mas.

MATEO. (Id.) Ya lo veo.
(Alto.) Es que la ha cogido el diablo
por ese... Andrés, miserable
cunero... un pillete... un trasto.

MARIA. Si usted de humillarle trata
porque es pobre y desgraciado,
eso lo eleva á mis ojos.

MATEO. Conque es decir...

MARIA. Que le amo.
Como yo vive en el mundo
sin familia y sin amparo;
nada en nuestro ser humilde
tendremos que reprocharnos;
y si podemos un dia
vivir de nuestro trabajo,
yo seré una digna esposa
y él será un esposo honrado.

MATEO. ¿Si? Pues mira: he de gastarme
cuanto tengo y cuanto valgo
por impedirlo.

MARIA. No importa.
Hay un Dios que está mas alto,
un Dios que premia á los buenos
y que castiga á los malos.

ESCENA VI.

DICHOS, ANDRÉS.

ANDRES. (Que ha escuchado los últimos versos.)
¡Bien dicho! Bendita sea
tu boca.

MIGUEL. ¿Quién te ha mandado
entrar aqui?

MATEO. ¡Habrá insolente!

ANDRES. Señores, vamos despacio.
Yo vengo aqui... á lo que vengo.
Si no quieren escucharlo...
Hay un señor en la puerta;
(Á Mateo.) por usted ha preguntado,
y dice que hablarle á solas
quiere.

MATEO. ¿Á mí?
ANDRES. Pues está claro.
¿Hay algun otro Mateo
aqui, viejo y jorobado?
(Mateo hace un gesto de amenaza.)
MARIA. Don Miguel... yo me retiro.
MIGUEL. Aun quiero hacerte otros cargos...
MATEO. Maria...
MARIA. Todo es inútil.
Adios, Andrés.
ANDRES. No hagas caso...
y adios. Ya pronto es domingo.
MARIA. No olvides que allí te aguardo.
ANDRES. (Ap.) ¡El mozo de la joroba...
no estará poco quemado!
(Váse Maria con D. Miguel por la derecha; Mateo la sigue con los ojos hasta perderla de vista.)

ESCENA VII.

MATEO, ANDRÉS.

MATEO. ¡Estás aqui todavia!
ANDRES. Claro: esperando respuesta.
¿Qué le digo á ese señor
que está aguardando en la puerta?
MATEO. (Amenazándole.)
¿Piensas que no te comprendo?
¡Te has valido de esa treta
para venir á enterarte!
Si te pillo de una oreja...
(Quiere hacerlo.)
ANDRES. Alto allá, y quietas las manos;
porque si á tocarme llega...
Mire usted, señor Mateo,
que se acaba la paciencia.
¿Piensa usted, porque hasta ahora
me ha tratado á la baqueta,
que he de callar y sufrirle
todas sus impertinencias?
Pues se engaña, y á Dios juro
que si en ello no se enmienda,

tengo de hacer en la fábrica
una... que sonada sea,
Voy á cumplir veinte años,
y soy mas que usted... en fuerzas
y en todo; y si usted me apura...
sírvale á usted de advertencia,
aunque el amo esté delante,
aunque sepa... lo que sepa,
vá usté á saber quién yo soy...
y basta. ¡Pues está buena!

MATEO. ¡Á amenazarme te atreves!

ANDRES. Y si no, haga usted la prueba,
que á mas de las amenazas
le romperé la cabeza.
Conque...
(Al ver al Baron.) Aqui está el caballero.
(Por lo bajo.)
Tengamos en paz la fiesta;
y si usted estima en algo
el cesto de la merienda,
(Señalando á la joroba.)
tenga usted las manos cortas
y no muy larga la lengua.
(Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

MATEO, el BARON, de uniforme.

MATEO. (Ap.) ¡Yo tomaré mi venganza,
cunero infame y maldito!

BARON. (Entrando por la izquierda.)
¿Felipe Mateo Acosta?...
Que se hallaba aqui me han dicho.

MATEO. Yo soy, para lo que guste
mandar, si puedo servirlo.

BARON. (Examinándolo con atencion.)
Yo no sé si mi memoria...
Dígame usted: ¿ha tenido
usted siempre ese... defecto?...
(Señalando á la joroba.)

MATEO. ¿Siempre? No, señor.

BARON. (Ap.) Respiro.
MATEO. Hará unos catorce años
que caí en un precipicio...
BARON. ¡Y yo que por tanto tiempo
he andado, vuelto el juicio,
dando otras señas!... ¡Al cabo
le encuentro! ¡Gracias, Dios mio!
(Echa una mirada á su alrededor y cierra las puertas.)
MATEO. (Ap.)
¡Qué es lo que vá á hacer! Este hombre...
Parece que algun delirio...
(Alto.) ¿Á qué cierra usté esas puertas?
¿No oye usted, señor... marino?
No atiende.
BARON. (Volviendo.) Ya estamos solos.
¿Me conoce usted?
MATEO. (Temblando.) Amigo...
por mas que quiero acordarme...
BARON. Es verdad que no me ha visto
mas que una vez, y de noche;
pero ayudaré yo mismo
su memoria, y al instante
comprenderá á qué he venido.
MATEO. Ya oigo.
BARON. Habrá veintitres años...
cerca, que nos conocimos.
Usted era un jornalero
pobre, y con su haber mezquino
para pan no le alcanzaba.
Habia usted perdido un hijo
de dos meses, y su esposa,
queriendo buscar alivio
á la indigencia en que estaban,
se ofreció, por un aviso,
como nodriza. ¿Esto es cierto?
MATEO. Si, señor. (Ap.) ¡Ahora adivino!...
BARON. Con el anuncio en la mano,
á poco de anochecido,
se presentó un caballero
que oculto llevaba un niño.
Usted salió con su esposa;

el caballero les hizo
proposiciones que fueron
aceptadas, y este escrito
(Mostrándoselo.)
firmó usted, y se hizo cargo
del depósito querido,
mediante una grande suma
que se le entregó allí mismo.
¿Recuerda usted?

MATEO. Si, recuerdo.

BARON. Me alegro, y mi historia sigo.
Desde entonces una dama,
diariamente y con sigilo,
iba á abrazar á aquel ángel,
de sus entrañas nacido;
pero, aun no pasado un año,
ella dejó de improviso
de acudir... y para siempre,
porque el adverso destino
con una muerte temprana
frustró todos sus designios.
Á poco de este suceso
mudó usted de domicilio,
y aun de nombre; y desde entonces,
aunque con afan prolijo
le busqué por todas partes,
jamás hallarle he podido,
hasta que un feliz acaso
sus huellas mostrarme quiso.
Ahora bien: yo soy el padre
de aquel inocente niño;
y usted, que ante Dios y el mundo
responsable de él se hizo,
vá á decirme aqui, al momento,
dónde, ¡dónde está mi hijo!

MATEO. (Ap.) Yo no sé qué contestarle,
pues si la verdad le digo...

BARON. ¡Pronto, porque estoy sufriendo
aqui un horrible martirio!
Hable usted. La recompensa
será grande, si ha cumplido
con su deber; si ha faltado,

¡será tremendo el castigo!

MATEO. Señor... apenas me... atrevo...

BARON. Sea lo que fuere; lo exijo.

MATEO. Tengo miedo... porque acaso...
me culpará usté...

BARON. ¡Oh suplicio!
¡Me ves que sufro y no hablas!

MATEO. (Temblando.)
Es que...

BARON. (Tratando de serenarse,)
Estás sobrecogido
y el temor traba tu lengua.
Vamos, ya me ves tranquilo.
Habla por Dios, que es un padre
el que te implora.

MATEO. (Ap.) ¡Dios mio!

BARON. ¡Acabarás!

MATEO. Si... ya voy.
Cuando la madre del niño...
dejó ya de ir á mi casa...
de allí á poco... sobrevino
la muerte de... de mi esposa...
Despues... me vi reducido
á la miseria...

BARON. ¿Y qué hiciste?

MATEO. Iba á perecer conmigo
la criatura inocente...
y viéndome en tal conflicto...
solo por salvar su vida...

BARON. ¿Qué?

MATEO. Lo confié á un amigo...
que lo llevó...

BARON. ¿Adónde, adónde?

MATEO. (Ap.) ¡Ah! no sé cómo decírselo.

BARON. ¡Habla!

MATEO. Á la casa de... expósitos.

BARON. ¡Ah! ¡pobre, pobre hijo mio! (Pausa.)
Y bien, ¿qué edad tendria entonces?

MATEO. Dos años... aun no cumplidos.

BARON. ¿Y qué resguardo te dieron
por si algun dia?...

MATEO. Un recibo...

ó cosa asi... me entregaron...
con un número y... Preciso
que exista entre mis papeles.
Dos minutos necesito
nada mas para buscarle.
Ese es mi cuarto...
(Señalando á la primera puerta de la derecha.)

BARON. (Ap.) ¡Si el pícaro
tratará de huir! (Alto.) Espera.
(Abre la puerta que Mateo le ha indicado; examina rápidamente la habitacion y vuelve.)
Entra, y sal pronto.

MATEO. Confio... (Entra.)

BARON. ¡Ah! si es que vive, con otro
no puede ser confundido.
Lleva en el brazo derecho
una señal que yo mismo
le imprimí, y por ella sola
será fácil descubrirlo.
¡Si he penado ya bastante,
Señor, vuélveme mi hijo!

MATEO. (Saliendo con un papel, que entrega al Baron.)
¡Aqui está!

BARON. ¿Á ver?

MATEO. En el márgen
está su número escrito,
y fecha y señas.

BARON. ¡Dios santo!
¿Y no tienes un indicio
de si vive ó si?...

MATEO. No tengo...

BARON. Voy allá. Si le hallo vivo...
¡ah! todo te lo perdono;
mas si por tí lo he perdido,
tiembla mi furor. Volando
iré. ¡Cielos, dadme brios!
(Váse corriendo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

MATEO, despues D. MIGUEL, JUAN, ANDRÉS y operarios que vuelven á su trabajo.

MATEO. ¡Gracias á Dios! He tenido
un susto... que por Dios santo...
(Abre todas las puertas y vuelve al proscenio.)
Abriremos estas puertas.
Temo si se han enterado...
(Se oye la campana de la fábrica.)
Ya el almuerzo ha concluido.
¡No lo he tenido yo malo!

MIGUEL. (Entrando por el foro, á los operarios que le siguen.)
Vamos: órden y silencio.
Cada cual á su trabajo.

JUAN. (Á Mateo.)
¡Hola! ¿usté aqui, papaito?
¿Me dá usted para un cigarro?

MATEO. No.

JUAN. ¿Está usted de mal talante?
Lo siento; porque es extraño...
Voy á trabajar.

MATEO. Corriendo.

JUAN. Allá voy, si no me caigo.
(Echa á correr, pasando por detrás de Mateo; tropieza de intento en la joroba y le hace vacilar.)

MATEO. ¡Animal! Para tirarme
al suelo poco ha faltado.

JUAN. Me mandó usted que corriera,
y yo... por no disgustarlo,
no reparé en la postdata.

MATEO. ¡Miserable! ¡deslenguado!

JUAN. ¿Á qué anda usté entre la gente
con esa... quilla de barco? (Todos rien.)

MATEO. ¡Señor don Miguel, no quiero
sufrir ya mas este escándalo!
Aqui á nadie se respeta;
y el ejemplo que está dando
ese... (Señalando á Andrés.)

ANDRES. ¿Yo?

MATEO. Por tí lo digo;
¡por tí, que eres el mas malo!

ANDRES. (Cruzándose de brazos y mirándole.)
¡Conque... por mí!

MATEO. Y no me importa
que me eches esos ojazos.
Tú echas á perder á todos.

JUAN. (En tono de burla, á Andrés.)
¿Lo ves tú? Yo soy un santo...
y tú me estás pervirtiendo:
¡pícaro! (Todos rien.)

MIGUEL. (Á Juan.) ¡Vamos callando!
¿Ni aun á mí se me respeta?

(Andrés ha venido acercándose hácia la mesa, junto á la cual se encuentra tambien Mateo.)

MATEO. ¡Á nadie! ¡Ya es demasiado!

(Dá un fuerte golpe sobre la mesa y el tintero cae sobre unos papeles.)

Y ¡vive Dios!... ó el cunero
sale de aqui, ó yo me marcho!
(Dá otro golpe.)

MIGUEL. (Al ver el tintero.)
¡El tintero en los papeles!
¡Cinco dias de trabajo
perdidos!

MATEO. (Señalando á Andrés.) Ese lo ha hecho.

ANDRES. (Colérico.) ¡Miente usted! ¡él lo ha volcado!

MATEO. ¡Él!

ANDRES. ¡Él!

MATEO. ¡Él!

VAR. OBRS. Andrés no ha sido.

OTROS. Lo estamos todos mirando.

JUAN. Ha sido papá Mateo,
que le ha dado con el fardo.

MATEO. (Á Miguel.) Ya lo vé usted, es preciso
que yo salte; y por lo tanto,
ajustemos nuestras cuentas;
págueme usted al contado...

MIGUEL. Pero...

ANDRES. No, señor; conozco
de ese hombre infame los cálculos,

y yo soy el que me alejo.
Sé que me costará caro
el salir, porque en la casa
es costumbre castigarnos
cuando no somos sufridos;
pero yo á todo me allano
antes que usté, á quien respeto,
sea víctima de un malvado.

JUAN. Andrés, ¿lo dices de veras?
Pues mira, vamos andando.

MATEO. ¿Tú tambien?...

JUAN. La casa grande
está de aqui pocos pasos:
donde vá el uno irá el otro.
Conque... ¿marchen? Voz de mando.
¡Eh! número ochenta y cinco,
¡firme! paso redoblado...
de frente... (Poniendose la gorra.)
Ya está dispuesto
el número ochenta y cuatro.

MATEO. (Ap.) ¡Dios mio... qué es lo que escucho!
Ochenta y... Si no me engaño
uno de los dos...

ANDRES. (Á los operarios.) Amigos,
si teneis que mandar algo,
ya sabeis dónde tenemos...

JUAN. Un magnífico palacio.

ANDRES. Hijos de la caridad
somos; cómo nos llamamos
ya lo sabeis.

JUAN. Nada, nada;
lo más sencillo es nombrarnos
como allí; el ochenta y cinco
ese; y yo el ochenta y cuatro.
(El Baron, al paño, ha oido estos dos últimos versos.)
Andrés, cobra los jornales
de los dos, y aqui te aguardo.
(Vánse Andrés y D. Miguel por la primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

MATEO, JUAN, OPERARIOS y el BARON.

BARON. Ochenta y cinco... ¡Dios santo!
mi oido no me engañó.
¿Quién es?

JUAN. ¿Quién tiene ese número?
aquel; ese que allí entró
con el amo de la fábrica.

BARON. ¡Andrés, no mas dilacion!
(Se dirige á la puerta por donde entró Andrés.)
¡Quiero abrazarle! ¡Es mi hijo! (Váse.)

TODOS. ¡Su hijo!

MATEO. (Ap.) ¡Á saberlo yo...

JUAN. Pero esto parece un sueño.
El hijo de ese señor...
¡Qué suerte! ¡y él lo decia!
se lo daba el corazon.
(Mirando por la puerta izquierda.)
allí está; ¡cómo se abrazan!
(Todos miran.)
Hay lances que ¡vive Dios!
que á no ser uuo de bronce
se llora y...

TODOS. Tiene razon. (Conmovidos.)

JUAN. Aqui vienen ya, y el amo
los acompaña á los dos.
(Se retiran hácia el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, el BARON, D. MIGUEL y ANDRÉS.

BARON. (Dando la mano á Miguel.)
Mil gracias por el afecto
que mi hijo le mereció.

JUAN. Andrés, que sea enhorabuena.

BAR. y AND. Gracias.

JUAN. Papá violon,
échelo usté ahora de casa.

BARON. Vá con su padre, y desde hoy
ocupará dignamente
su elevada posicion.

ANDRES. Quisiera antes despedirme
de los que con tanto amor
desde niño me hań tratado.

BARON. Es justo.

ANDRES. Gracias os doy,
amigos, por el afecto
que mi orfandad os debió.
(Dando á todos la mano menos á Mateo.)
siempre seré vuestro hermano,
y, si en alguna ocasion
mi amistad puede serviros,
llegad á mí sin temor,
y encontrareis, como siempre,
mi mano y... mi corazon.

JUAN. ¡Viva Andrés!

TODOS LOS OPERARIOS. ¡Viva!

BARON. ¡Hijo mio!

JUAN. ¡Otro abraze! (Enternecido abraza á Andrés.)

ANDRES. ¡Adios!

JUAN. ¡Adios!

(El Baron y Andrés se dirigen á la puerta izquierda, seguidos de D. Miguel y operarios. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala lujosísimamente amueblada: puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ELENA.

ELENA. (Que aparece sentada en una butaca, junto á un velador, sobre el cual hay una carta.)
Que vendrá á verme, me dice,
hoy mismo por la mañana.
¡Arturo se ha vuelto loco!
¡Buen compromiso me aguarda!
(Escuchando.)
Creo que es la costurera.
Voy á guardarme la carta. (Lo hace.)
Adentro. Aqui estoy. Adentro.

MARIA. (Entrando.)
¡Cómo! ¿está usted levantada
ya, señorita? Temprano...
¿Ó es que yo he caido en falta?
Anoche estuve cosiendo
hasta muy tarde, y en casa...
como no hay reloj...

ELENA. Maria,
aun no son las ocho dadas;
has venido á buena hora.

MARIA. Me alegro.
ELENA. (Suspirando.) ¡Ay!
MARIA. ¿Qué, está usted mala?
ELENA. No sé qué tengo. Un disgusto...
cosas que en la vida pasan.
¡En el mundo hay tantas cosas
que la vida nos amargan!
MARIA. ¡Y usted habla de amarguras!
¡Jóven, rica, bella, amada
de su madre! Señorita...
¡si yo fuera la que hablara!
¡Pobre huérfana, en el mundo
de todos abandonada!
¡Sin fortuna, sin familia,
mas que una infeliz anciana,
impedida, que aunque quiere
la pobre enjugar mis lágrimas,
no puede, y solo me ayuda
en mi pena á derramarlas!
ELENA. Y sin embargo, Maria,
yo mi posicion trocara
por la tuya.
MARIA. ¡Ah! ¡usted no sabe
lo que dice!
ELENA. Tu desgracia
puede esperar un remedio,
y ¡ay! yo no tengo esperanza.
MARIA. ¡Remedio! ¡Si usted supiera
lo que en mi corazon pasa!
Si yo pudiera decirle...
Pero no; males del alma
hallar no pueden alivio,
y ademas fuera una falta...
ELENA. Nada temas, que sospecho,
al escuchar tus palabras,
que tienen nuestros pesares
quizá alguna semejanza.
MARIA. Puede ser.
ELENA. Pues bien, amiga,
seamos como dos hermanas,
que se confian sus penas
por si pueden endulzarlas.

MARIA. Hasta ayer, ¡ay, señorita!
aunque era muy desgraciada,
he alimentado en mi pecho
lisonjeras esperanzas;
pero hoy... todo ha concluido
para mí.

ELENA. Pero la causa...
Habla sin temor, que luego
yo te contaré mis ansias.

MARIA. Un jóven... hace dos años
que con delirio me amaba...
¡ó al menos me lo decia!
pero ha habido una mudanza...

ELENA. ¿En su amor?

MARIA. En su fortuna.
De la noche á la mañana
ha encontrado una familia;
su clase es muy elevada,
y aunque ayer... de ser mi esposo
me empeñaba su palabra,
conozco que es ya imposible.
Yo, huérfana desgraciada...
(Llorando.)
¡Tiene razon! ¡Ya en su clase
fuera un baldon, una mancha!

ELENA. Maria, por el contrario
en mí la suerte se ensaña:
yo seré rica, él es pobre;
y aunque nuestra sangre iguala,
como no tiene fortuna,
tambien le será negada
mi mano.

MARIA. ¡Y ese es el mundo!

ELENA. Pero hay mas: de unirme tratan
á un hombre á quien no conozco,
y á quien con toda mi alma
aborrezco ya de muerte.
¡Si yo en tu caso me hallara!

MARIA. ¡Si yo en el de usté estuviera!

ELENA. Todas las cosas cambiadas
andan aqui. Por ser pobre
tú vas á ser desgraciada,

¡y yo porque he de ser rica!...
¡Mal haya el oro!

LAS DOS. ¡Mal haya! (Pausa.)

ELENA. Siento ruido. ¡Si; es Arturo!
Maria, vé sin tardanza...
Ya sabes cuál es mi cuarto...

MARIA. Si, señora.

ELENA. En él aguarda,
y ven tú misma á avisarme
si es que mamá se levanta.
(Váse Maria por la derecha; Arturo entra por el foro.)

ESCENA II.

ARTURO, ELENA.

ARTURO. (Entrando por el foro.)
Aqui está.

ELENA. ¡Arturo! Este paso
me puede comprometer.
Si alguien te llegara á ver...

ARTURO. Elena, ¿puedo yo acaso
vivir en la incertidumbre?
Desde ayer cada momento
que pasa es nuevo tormento
que agrava mi pesadumbre.

ELENA. Arturo, yo tengo miedo...
y desde que te escribí
estoy sufriendo por tí
lo que decirte no puedo.
Yo, cuádreme ó no me cuadre,
con faz risueña ó llorosa,
no puedo hacer otra cosa
que obedecer á mi madre.

ARTURO. ¿Y es tal tu resignacion
que, aunque nuestro amor perezca,
harás que ante ella enmudezca
la voz de tu corazon?
Solo tu silencio puede
hacer que obediencia exija.
La madre que ama á su hija

y vé su desgracia, cede.

ELENA. Y aunque el pecho le taladre
la pena, ¿qué puede hacer
la hija, si llega á ver
la desgracia de su madre?

ARTURO. Ella sabe que te adoro;
¿y tendrá un alma tan dura
que mate nuestra ventura
por un puñado de oro?
Si hoy la fortuna me falta
yo la llegaré á adquirir;
tu amor me hará conseguir
una posicion muy alta.
Trabajaré sin cesar;
pondré toda mi energia,
y Dios querrá que algun dia
pueda mi objeto alcanzar.

ELENA. Vano sueño es tu propósito.

ARTURO. ¿Llegará á ser preferido
el que hasta ayer solo ha sido...
¿quién? un miserable expósito?

ELENA. ¿Á qué aumentas mi afliccion?
Ese hijo desventurado
que ayer mi tio ha encontrado
es mi desesperacion.
Le odio ya sin conocerle;
pero es tal mi desventura,
que aunque muera de amargura
habré de pertenecerle.
Mi tio de la indigencia
nos sacó; cuanto tenemos
á su bondad lo debemos...
¿qué mas? hasta la existencia.
Si fuera sola en el mundo,
jamás mi consentimiento
diera; me iria... á un convento
con el placer mas profundo;
pero resignarme á ver
á mi madre desvalida...
¡nunca! á costa de mi vida
cumpliré con mi deber.

ARTURO. ¡Calla, calla, por favor!

¡Y yo confiaba en tí!
Elena, tú hablas asi
porque no tienes amor.

ELENA. ¿Qué he de hacer, desventurada!

ARTURO. Si de otro llegara á verte...
Antes prefiero la muerte.
Mi resolucion tomada
tengo ya, y en este dia
juro que uno de los dos...

ELENA. ¡Arturo, Arturo... por Dios!

ARTURO. ¡Nada; su vida ó la mia!
Si la desgracia me toca,
libre quedas, y despues...

ELENA. ¡Arturo! ¿Pero no ves
que voy á volverme loca?

ARTURO. Si él no es un cobarde, en vano
me tratas de persuadir:
ó luchar hasta morir,
ó renunciar á tu mano.

ELENA. ¡Arturo, por compasion!

ARTURO. Solo, solo con la vida
podrán tu imágen querida
borrar de mi corazon.
Por la gloria de mi padre
que hoy le he de encontrar te juro.

ELENA. Detente, por Dios, Arturo:
yo suplicaré á mi madre;
y si no me quiere oir,
á él mismo le rogaré
y á sus pies me arrojaré...
sí, yo le haré desistir.
Pero, por Dios, tu existencia
no expongas; en mí confia.
Aguarda... siquiera un dia,
y por mi amor... ten prudencia.

ARTURO. ¡Ah!

ELENA. No pierdas la esperanza;
á otro yo no puedo amar.
Vete, que pueden llegar.
Pon en mí tu confianza.

ARTURO. Elena, al cabo me obligas.

ELENA. Yo me valdré de algun medio

y todo tendrá remedio.
ARTURO. Quiera Dios que lo consigas;
pero si es tu ruego vano,
mas recurso no me queda
que arrancarte... como pueda
de los brazos de un tirano.
ELENA. (Sobresaltada.)
Alguien llega; pueden verte:
siento pasos... ¡por favor!
ARTURO. Elena, ¿fio en tu amor?
ELENA. Fia en él... hasta la muerte.
(Váse Arturo, foro izquierda.)
¡Fatal ha empezado el dia;
no sé cómo acabará!
Hácia aqui se acercan ya.
Voy á buscar á Maria.
(Váse por la derecha: casi al mismo tiempo salen por la izquierda Andrés, en traje elegante, y un Criado negro, con librea.)

ESCENA III.

ANDRÉS, el CRIADO.

ANDRES. (Disputando.)
¡Que sí, hombre; que sí te digo!
¿Pues no he de poder pasar?
Yo quiero dar á mi padre
los buenos dias. ¡Habrá!...
CRIADO. Señorito, no se puede.
ANDRES. ¿Por qué?
CRIADO. Ahora acaba de entrar...
ANDRES. ¿Quién?
CRIADO. ¿Quién? Su ayuda de cámara.
ANDRES. Hombre, eres un animal.
Conque ese puede, y su hijo...
CRIADO. Usia comprenderá
mas tarde que hay ciertas prácticas
que impone la sociedad...
ANDRES. Mira, ya me estás cargando
con ese modo de hablar.
¡Qué usia ni berengena!

Piensas que soy yo quizás...
Háblame como Dios manda,
ó lárgate de aqui ya.

CRIADO. Si el señor Baron ha dado
la órden expresa y formal
de que nadie entre en su cuarto
hasta que él...

ANDRES. ¡Orangutan!
¿Y quién te ha dicho que quiero
yo á ese Baron saludar?
Yo quiero ver á mi padre.
¿Hay cosa mas natural?

CRIADO. (Conteniendo la risa.)
Si es una misma persona
el Baron y su papá.

ANDRES. Es verdad, hombre; dispensa.
Tengo una memoria tan...
Pero, al fin, si entra un criado,
un hijo bien puede entrar.

CRIADO. Entre gentes de otra clase,
no digo eso... mucho mas;
pero aqui no es la costumbre...
Ya usia comprenderá.

ANDRES. ¿Otra te pego? ¡Canario!
¡que vas á hacerme enfadar!
Desde que entré en esta casa,
andas tú siempre detrás
con esa misma monserga:
Usia, la sociedad;
eso no está bien, usia;
la clase en que usia está...
Frita me tienes la sangre,
dómine... de cordoban;
y para no darse al diablo
con esa gerga infernal,
he de tener mas paciencia
que Job en el muladar.
Pues no es mala la mania
que has tomado ¡voto á san!

CRIADO. Yo en eso no tengo culpa;
y lo que hago es observar
las órdenes que me han dado.

ANDRES. Pues mira, aqui estás de mas.
Si el hijo que tiene un padre
no ha de poderle abrazar
cuando quiera y como quiera
á toda su voluntad,
sobre todo habiendo estado
tantos años sin probar
sus caricias... yo te digo
que eso me sienta muy mal.

CRIADO. (Dándole unos guantes.)
¡Ah! me olvidaba...

ANDRES. ¿Qué es eso?

CRIADO. Los guantes.

ANDRES. Quítate allá.
¿Necesito yo en mis manos
mas que mi piel natural?
Ya ves que las tengo blancas.
Si me acabo de lavar
con jabon. Tú que las tienes
del color del alquitran,
tápatelas en buen hora,
que yo, por mí, no haré tal.

OTRO CRIADO. (Anunciando.)
El señor don Juan... El duende,
dice.

ANDRES. ¡Hola! ¡Adentro, Juan!

ESCENA IV.

ANDRÉS, JUAN.

JUAN. (Con levita, sombrero y demás prendas que dejen ver que han pertenecido á otra persona de diferente estatura que la suya, entra haciendo muchas cortesias á todos los criados, los cuales no se retiran hasta contestarlas con sonrisa irónica. Á Andrés, que sale á recibirlo á la puerta.)
Hola, Andrés; venga esa mano.
(Se la estrechan.)
Apriétala ¡voto á cribas!
¿De salud? Tú estás tan bueno.
¿Y tú padre, y la familia?

¿Tós siguen bien á Dios gracias?
Me alegro mucho. ¡Por vida!...

ANDRES. Pero, hombre, entra.

JUAN. Como traigo
las botas... No estan muy limpias.
(Señalando á la alfombra.)
¿Pueden pisarse esas flores?

ANDRES. Para eso estan. (Bajan al proscenio.)

JUAN. No creia...
Ya ves como vengo á verte.
Tú en tu carta me decias...

ANDRES. Que temprano te esperaba.

JUAN. Las diez no son todavia.
¡Hombre, qué majo te han puesto!
Yo le pedí esta levita
á don Miguel... todo el traje...
no, las botas son las mias;
porque dije: para verlo,
de blusa y gorra me iria;
pero habrá muchos señores
y no quiero que se diga...
¡Cuánto deseaba verte!
Te traigo muchas noticias.
En primer lugar, la fábrica
se cierra uno de estos dias.

ANDRES. ¡Cómo!

JUAN. Ya sabes las cuentas
que con joroba tenia.
Pues se lo ha embargado todo,
ayer mismo, por justicia.

ANDRES. Luego que yo aqui lo vea...
Si no le rompo la crisma
es por respeto á mi padre.

JUAN. ¿Acaso él se atreveria
á venir aqui?

ANDRES. Es preciso.
Mi padre lo necesita
para el reconocimiento,
que hoy, segun creo, se firma,
y anoche me encargó mucho
que palabra no le diga
de lo pasado; sin eso,

yo con él me entenderia.
JUAN. Vamos, ¿y qué tal te encuentras
desde ayer? ¡Qué buena vida
te vas á llevar, caramba!
Pero, hombre... ¡quién lo diria!
¿Qué tal el padre? ¿te quiere?
ANDRES. ¡Me quiere!... ¡por mí delira!
¡Si vieras cómo me abraza!
Anoche no se atrevia
á apartarse de mi lado.
JUAN. De oirte solo dá envidia.
ANDRES. Con lágrimas en los ojos
me dijo que él no queria
en este mundo otra cosa
que poder labrar mi dicha,
y que hoy ya con mas despacio
sus proyectos me diria.
JUAN. Me alegro, hombre, mas me alegro...
Créelo, Andrés; no es mentira.
ANDRES. Lo sé.
JUAN. ¿Y de cenar te dieron?
ANDRES. Ya lo creo; y cosas ricas.
JUAN. ¿Te habrán puesto buena cama?
ANDRES. Dorada, y unas cortinas...
JUAN. ¡Qué bien se dormirá en ella!
ANDRES. Á mí solo me destinan...
qué sé yo; sala, y alcoba...
y dos piezas mas; y mira:
en fin, ya verás qué muebles.
Luego, para que me sirva,
tengo ese criado negro
que viste al entrar.
JUAN. ¡Qué risa!
No dejes que se te arrime...
ANDRES. ¿No? ¿por qué?
JUAN. No se destiña.
Di que te den uno blanco.
ANDRES. Ese es al que mas estima
mi padre. Es viejo en la casa...
y lo que no sé me explica.
JUAN. Por fin, estás como quieres.
ANDRES. ¡Ah! tambien tengo una tia

que vive aqui con nosotros.
Es una señora antigua
que fué mujer de un hermano
de mi padre. Ella y su hija
viven aqui. ¿Tú comprendes?
De modo que ella es mi prima.

JUAN. Y la prima será jóven.

ANDRES. Diez y seis años.

JUAN. ¿Bonita?

ANDRES. Yo no lo sé, porque no
las he visto todavia.
Ayer no estaban en casa,
y hoy, luego que ya esten listas,
van á presentarme á ellas.
Quien me ha dado esas noticias
ha sido mi... mono sabio.
Él dice que es muy ladina
la madre. ¡Es una Condesa!

JUAN. ¡Caramba, y qué loteria!
Eso se llama tener
parientes.

ANDRES. Segun se explica
el orangutan, le gusta
que le hagan mil cortesias
y que le hablen... Te aseguro
que como en toda mi vida
me he hallado yo entre esa gente,
me voy á cortar.

JUAN. No digas
ese disparate, hombre.
Yo estaré en tu compañia
y te diré por lo bajo
lo que has de decir. Por fina
que sea, no has de quedarte
atrás, si á mí te confias.
Ya lo estás viendo: mi facha
que soy un señor indica;
y si te ves atajado
alguna vez, mi política
sabrá sacarte adelante.

ANDRES. ¡Ah! dime, Juan: ¿y á Maria,
la has visto?

JUAN. Anoche á su casa
corrí á darle la noticia.

ANDRES. ¿Y se puso muy contenta?

JUAN. Saltos daba de alegria.
Me lo hizo contar tres veces.
Si la vieras... ¡pobre chica!
Pero luego la tia Marta
yo no sé qué le diria,
que echó á llorar... ¡y qué llanto!
daba lástima de oirla.

ANDRES. ¡Llorar! ¿y por qué lloraba?

JUAN. La pobrecilla decia
que ahora que ya tú eres rico
por fuerza la olvidarias.

AMDRES. ¿Y cómo no has evitado
que de mí tal cosa diga?

JUAN. ¿Le habia de tapar la boca?
Á una mujer, ¿quién le quita?...

ANDRES. Pero tú ¿qué contestaste?

JUAN. ¡Toma! ¿yo? que era mentira;
que tú no eres de esos hombres
que se vuelven la camisa.

ANDRES. ¡Ah! Juan, yo quiero ir á verla
ahora mismo, y á decirla...

JUAN. ¿Qué?

ANDRES. Que mi padre no quiere
sino la ventura mia,
y yo le haré que nos case
muy pronto.

JUAN. Las cosas... vivas.

ANDRES. Vamos, vamos á la fábrica.

JUAN. ¿Á la?... Qué pronto te olvidas...
¿No sabes que desde hoy
con esa señora rica?...

ANDRES. Es verdad: no me acordaba.
Vamos á tomar noticias
de la tia Marta, y al punto...
Ella sabrá dónde habita.

(Al ir á salir se presentan por la derecha el Baron y la Condesa, que los detienen.)

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA, el BARON.

BARON. ¿Andrés?
ANDRES. (Volviendo.) ¡Mi padre!
BARON. ¿Qué es eso?
Ibas á salir, parece.
ANDRES. No, señor; no tengo prisa.
BARON. Ven acá que te presente...
(Llevándole á la Condesa.)
Esta señora es tu tia,
la Condesa de las Nieves,
cuyo afecto le ha inspirado
deseos de conocerte.
ANDRES. (Ap. á Juan.)
Me dá vergüenza de hablarle.
JUAN. (Id. á Andrés.)
Muy buena cara no tiene;
pero no importa. Anda, chico.
COND. Tanta modestia no debe
tener; soy de la familia:
asi, ese temor deseche,
porque tengo mucho gusto
en hablarle y conocerle.
JUAN. (Ap. á Andrés.)
Respóndele, hombre, respóndele;
dí que tú tambien lo tienes.
ANDRES. Tia... yo... estoy muy contento...
porque al fin... ya usted comprende...
JUAN. Lo que Andrés quiere decirle...
vamos, es que él tambien siente
el mismo afecto: ¿me explico?
pero el pobre no se atreve...
(Ap. á Andrés.)
Ahora, en seguida, pregúntale
por la salud.
COND. (Al Baron.) ¿Quién es ese
jóven?
BARON. Sin duda un amigo
de Andrés, á lo que parece.

ANDRES. Mas que amigo, es un hermano.
JUAN. Su hermano; en eso no miente.
Juntos en la casa grande
entramos por nuestra suerte;
juntos en un mismo plato
comiamos muchas veces
el potaje; en una cama
dormimos hasta los siete
años, y eso no se olvida:
amigos hasta la muerte.
Él ha encontrado á su padre;
una gran fortuna tiene...
¿Acaso es ese un motivo
para que yo lo desprecie?
Al contrario, mas lo estimo;
por eso he venido á verle.
COND. (Sonriendo.)
Su lenguaje me hace gracia.
BARON. (Ap.) ¡Pobre!
JUAN. (Ap. á Andrés.) Aprende de mí, aprende.
¿Ves cómo hablo y no me corto?
Si yo en tu lugar me viese...
BARON. Jóven, yo agradezco mucho
el cariño que usted tiene
á mi hijo, y en esta casa
será recibido siempre;
pero ahora... hay varios asuntos
de familia muy urgentes,
á que es fuerza consagrarnos...
JUAN. No diga usted mas; la gente
ha de ser franca; comprendo,
y me voy sin detenerme
á la calle.
BARON. No quisiera
que usted por este incidente...
JUAN. Le he dicho á usted que me gusta
la franqueza. No merece
que usted por mí se disculpe.
(Hace que se vá y vuelve.)
¡Ah! que ustedes se conserven
buenos; pues, y... hasta otro dia
que venga por ahí á verles.

Caballero... y la compaña,
salud; servidor de ustedes.

ANDRES. (Ap. á Juan, al despedirlo en la puerta.)
Corre á saber al instante
dónde está Maria y vuelve.

ESCENA VI.

La CONDESA, el BARON, ANDRÉS.

BARON. (Ofreciendo una silla, á su derecha, á la Condesa, y señalando otra á Andrés á su izquierda.)
Condesa... Ven aqui, Andrés, (Se sientan.)
y antes de hablar de otro asunto
vamos á tratar de un punto
que es del mas alto interés.
Por caprichos de la suerte,
ó del destino inhumano,
no dí á tu madre mi mano
y nombre antes de su muerte.
Tan justa reparacion
es ya imposible, hijo mio;
pero otra darte confio
muy grata á mi corazon.
Mañana ante Dios y el mundo
trato de legitimarte,
y un nombre ilustre dejarte,
que es mi placer mas profundo.

ANDRES. Padre mio, este momento
me conmueve de manera,
que no sé cómo pudiera
mostrar mi agradecimiento.
Yo procuraré ser hombre
de bien, y ya que no brille,
al menos que nadie humille
por culpa mia su nombre.

BARON. ¡Bien, hijo!

COND. Con gran placer
le escucho; fé y corazon
tiene, y de su posicion
sabrá cumplir el deber.

ANDRES. Asi lo espero, señora;

quiero decir, Dios mediante.

BARON. De otro asunto interesante
vamos á tratar ahora.
Mi profesion de marino
podrá mañana obligarme
sin dilacion á embarcarme,
porque ese es nuestro destino.
Y cuando suena el cañon,
por mas que el partir nos duela,
no hay mas que darse á la vela,
aunque estalle el corazon.
Viendo que puede llegar
ese momento, he querido,
por si Dios ha decidido
que aqui no vuelva á arribar,
de acuerdo con la Condesa,
darte á su hija por esposa.

ANDRES. (Ap.) ¡Dios mio!

BARON. Es jóven, hermosa...
¿Ves qué agradable sorpresa?
Creo que tú aceptarás
partido tan ventajoso.

COND. El preguntarlo es ocioso.
¿He hecho yo á Elena quizás
tal pregunta? Ella es mi hija,
y por lo tanto excusado...
Aceptará de buen grado
aquel que su madre elija.

ANDRES. ¿Qué, mi prima nada sabe?

COND. Cuando haya necesidad...
Basta nuestra voluntad.

ANDRES. ¡En un asunto tan grave!

COND. Pues en que es grave me fundo
para hablar de esta manera.
Si ella fuese... una cualquiera...
En las leyes del gran mundo
hay que mirar ante todo
las conveniencias sociales...

ANDRES. (Ap.) ¡Pues! como el negro: cabales.
Quieren casarla á su modo.

COND. Los hijos, cuando hay respeto,
obran...

ANDRES. No diré que no; (Se levantan.)
pero... cate usted que yo
á mi prima no le peto.

COND. Siendo propuesto por mí
aceptará de seguro.

ANDRES. (Ap.) ¡Mire usted que es grande apuro!

COND. Elena viene hácia aqui.

BARON. Nunca mejor ocasion.

ANDRES. Señora, ¿y si no me quiere?

COND. Hará lo que conviniere,
porque esa es su obligacion.

ESCENA VII.

DICHOS, ELENA.

COND. En lo que vale la estimo
por lo obediente, y es justo.
Ven, Elena; tengo el gusto
de presentarte á tu primo.
(Elena y Andrés se saludan inclinando la cabeza.)
Con él á un enlace honroso
tu madre te ha destinado,
y será muy de mi agrado
que lo admitas por esposo.

ELENA. (Ap.) ¡Ah!

ANDRES. (Id.) No pone buena cara.
Me alegro.

BARON. Di con franqueza...

COND. Respóndeme y con presteza.
Que es mi voluntad repara.

BARON. Yo me alegraré infinito...

ANDRES. (Ap.) Ojalá diga que no.

COND. Por tí he respondido yo
que admitirás.

ELENA. (Con timidez.) Sí le admito.

BARON. (Tomándole la mano.)
Gracias, Elena. (Á Andrés.) Ya ves
cuánta es tu felicidad.
Ahora, hijos mios, hablad.
Con ella te dejo, Andrés.
(Á la Condesa.) Vamos á tratar los dos

de lo que á ellos interesa.
¡Oh! soy muy feliz, Condesa.

COND. Yo tambien.

BARON. ¡Gracias á Dios!

(Vánse los dos hablando por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ELENA, ANDRÉS, luego JUAN.

ELENA. (Ap.)
¡Renunciar á su amor! ¡Fuerzas, Dios mio!
No puedo mas... mi corazon estalla!
(Se deja caer abatida en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.)

ANDRES. (Ap.) ¡Si me han dejado frio!
Dicen que en el gran mundo
no hay mas amor, mas ley ni mas conciencia
que lo que dá de sí la conveniencia.
Yo no sé qué decirle... (Mirándola.)
Pero... calla!
Llorando está; no hay duda;
mas por Dios que si espera que yo acuda
á consolar su pena,
viéndola tan huraña,
dígole que se engaña
como yo soy Andrés y ella es Elena.
Llora; no me equivoco.
¿Á qué ha dicho que sí la melindrosa?
Querrá que yo me duela...
Aunque estuviera loco.
Si á mí para llorar me falta poco.
Y mi pobre Maria...

JUAN. (Entrando por el foro.)
Andrés, aqui me tienes.

ANDRES. ¡Ay, Juan, gracias á Dios que á verme vienes!

JUAN. Y á darte una alegria.

ANDRES. Chico, no hay situacion como la mia.

JUAN. ¿De veras? ¿Qué te pasa? Habla ligero.

ANDRES. Que estoy preso en la red como un jilguero.
¡Si tú vieras qué peso tengo encima!

JUAN. Acaba de explicarte, hombre; no acierto...

¿Qué red ó niño muerto
es esa; dílo pronto.
Parece que estás tonto.
Habla, hombre, que dá grima...

ANDRES. ¡Ay, Juan! quieren casarme con mi prima!

JUAN. ¡Por vida de Mahoma!
¡No está mala la broma!
¿Y tú, qué has contestado?

ANDRES. ¿Yo? nada; me he callado.

JUAN. En eso has hecho mal. ¿No tienes lengua?

ANDRES. Á decir la verdad no me atrevia.

JUAN. ¡Vaya una tonteria!
Eso de un hombre es mengua,
y tu disculpa es vana.

ANDRES. Delante de mi padre, ella y mi tia,
¿qué habia yo de decir?

JUAN. No me dá gana.
¿Y tu prima, qué ha dicho?

ANDRES. Ella... que á obedecer estaba pronta;
pero yo conjeturo
que á mí... ni esto me quiere: de seguro.
(Hace la indicacion, llevando la uña del dedo pulgar á los dientes.)

JUAN. Pues tambien ella es tonta.
Si vé que de su madre es un capricho,
dime, ¿por qué no ha hablado?

ANDRES. Porque aqui, Juan, se hila mas delgado.
Mírala dónde está, triste, llorosa...

JUAN. ¿Y la dejas asi que llore y gima?
Vé y díle alguna cosa,
hombre, que al fin y al cabo es una prima.

ANDRES. ¿Y qué le he de decir?

JUAN. ¡Voto á mi abuela!

ANDRES. Yo no sé...

JUTN. Lo primero que te ocurra.
Á una mujer bien fácil se consuela.
Anda, hombre, no se aburra.
Los hombres deben ser con las mujeres
francos: eso les gusta.
¿Es tan fea que asusta?

ANDRES. Al contrario, es muy bella.

JUAN. Pues acércate á ella

y díle algo, aunque sea que no la quieres

ANDRES. Tienes razon. Quizás si eso le digo
ella se negará...

JUAN. No hay otro medio.
¡Ay, si diera conmigo!
Si no te atreves tú, pues no hay remedio,
verás qué pronto entablo
yo la conversacion, ¡voto vá al diablo!
(Se dirige á Elena, llevando de la mano á Andrés, á quien vá mirando; tropieza con un sillon, y el ruido de este al caer al suelo hace que Elena se levante asustada.)
Acércate sin miedo.

ELENA. ¡Ay!

JUAN. Señorita...
(Ap.) ¡Qué torpeza maldita!
Usté ha de perdonar. ¿Dónde lo arrimo?
(Por el sillon.)
No se ha roto. ¿Vé usted? Pues es bien dura
la madera; y si acaso,
se está fuera del paso
en pagándole yo la compostura.
Aqui está Andrés, persona á quien yo estimo,
hombre... á carta cabal bueno y honrado:
á usted la quiere mucho... como primo;
pero segun el pobre me ha contado,
hay algo que lo apura.
Óigalo usted, señora,
que él se lo vá á decir.
(Á Andrés, haciéndolo pasar junto á Elena.)
Anda tú ahora.

ANDRES. Yo... la verdad... decirle no quisiera...
pero... segun he visto...
aunque quiere su madre...

JUAN. ¿Usted se entera?
(Á Andrés, ap.)
¡Anda, hombre; habla, por Cristo!

ANDRES. Á usted no le acomoda...

JUAN. (Á Andrés.)
Acaba. (Á Elena.) Que con él se haga la boda.

ELENA. Yo, primo... no me he opuesto.

ANDRES. Lo sé; mas su semblante

me ha dicho lo bastante.

ELENA. Qué le ha dicho?

ANDRES. Que usted...

JUAN. Allá vá el resto.

ANDRES. ¡Juan!

JUAN. Que usted no le quiere,
y que hay otro quizás á quien prefiere
¿No es asi?

ELENA. Yo...

JUAN. Es verdad, y hago una apuesta.
¿Lo ves tú? La callada por respuesta.

ANDRES. Si eso fuera verdad... ¡ay, prima mia,
qué grande fuera entonces mi alegria!

ELENA. ¡Cómo! ¿Conque le alegra?...

JUAN. Que su madre de usted no sea su suegra.
Claro: el no hablar asi ya es desatino.
Nada, Andrés, el pan pan, y el vino vino.
(Á Elena.)
Si usted tiene otro amor que le conviene,
él en otra tambien el suyo tiene.

ANDRES. Si, prima mia, un ángel en la tierra,
pobre, como yo he sido, sin amparo,
sin familia y sin nombre:
por eso la amo mas; yo lo declaro:
ella en su corazon mi dicha encierra.

JUAN. Venga esa mano, Andrés; asi habla un hom-
[bre.

ELENA. ¡Ay, primo de mi alma!
Esa revelacion al pecho mio
la paz devuelve y la perdida calma.
Yo en su lealtad confio,
y ya no le aborrezco,
al ver que al cabo su desden merezco.

ANDRES. Yo tambien, prima mia,
le debo confesar que en este dia,
por mucho que lo espere,
nada me causará mas alegria
que el saber que mi prima no me quiere.
Venga, prima, esa mano.

ELENA. La doy con mil amores.
(Se la estrechan.)

JUAN. ¡No he visto cosa igual! ¡Vaya unas flores!

ELENA. Si intentaren unirnos...

ANDRES. Será en vano;
y á no volverme loco,
no lo consentiré.
ELENA. Ni yo tampoco.
ANDRES. Ahora lo que interesa,
antes de que su plan vaya adelante,
es que usted se lo diga á la Condesa.
JUAN. Andrés dice muy bien, y yo lo apruebo.
ELENA. Yo iria, sin perder un solo instante;
mas... me falta el valor, y... no me atrevo.
Usted, á quien su sexo no le obliga...
es mejor que á su padre se lo diga.
JUAN. Tambien tiene razon, ¡voto á mi nombre!
Al fin y al cabo, Andrés, tú eres un hombre;
y si á tu padre dices,
poniendo un poco hinchadas las narices:
padre, yo me acomodo
á hacer lo que usted quiera en todo, en todo;
y aunque á mi prima no le encuentro maca,
en esto de ponerme la casaca
me parece mas justo
que me la escoja yo, que sé mi gusto.
Por consiguiente, padre,
que á mi prima elegir deje su madre:
no hay cosa mas sencilla,
pues yo tambien ya tengo mi costilla.
Háblale de este modo: ¿tú te enteras?
que si en él hay cariño,
dirá: ¡cómo ha de ser! lo quiere el niño...
y tú te casarás con la que quieras.
ANDRES. Asi se lo diré.
ELENA. ¡Soy muy dichosa!
JUAN. Conque no hay mas que hablar.
ELENA. Afecto puro
y desamor constante yo le juro.
ANDRES. Y yo, prima graciosa,
le juro de igual suerte
no quererla jamás, hasta la muerte.
(Váse Elena por la izquierda.)

ESCENA IX.

ANDRÉS, JUAN.

JUAN. ¿Lo estás viendo? Con mi ayuda
saliste del compromiso.
Si no le hubieras hablado...

ANDRES. Te estoy muy agradecido.
Pero ahora que estamos solos...
¿Has hecho el encargo mio?
¿Viste á la tia Marta?

JUAN. Es claro.

ANDRES. Y dime, Juan, ¿qué te ha dicho?
¿Dónde está Maria, dónde?
Vamos á verla ahora mismo.
Maria es antes que todo
para mí. Vamos, te digo.

JUAN. Pero, hombre, ten mas paciencia.

ANDRES. Cada minuto es un siglo.

JUAN. Si supieras... Hombre, hay lances
que si uno fuera adivino...
¿Quién dirás que es la señora
que la tiene á su servicio?
Tu tia, hombre.

ANDRES. ¿La Condesa?

JUAN. Como lo oyes. Aqui mismo
Maria está trabajando.
Si hay lances que á no ser vistos...

MARIA. (Fuera.)
¡Que me deje usted! No importa.

ANDRES. ¡Esa es su voz!

MATEO. (Fuera.) ¡Ángel mio!...
si es por tu bien.

JUAN. No me engaño.
El jorobado maldito...
Andrés, hácia aqui se acercan:
Ven, y un momento escondidos,
los intentos de ese infame
veremos si descubrimos.

(Se ocultan los dos por la puerta de la derecha: Maria y Mateo entran en seguida por el foro.)

ESCENA X

MARIA y MATEO, en la escena; ANDRÉS y JUAN, al principio ocultos

MATEO. ¿No me crees todavia?
Eres injusta conmigo.
MARIA. ¡Dále!
MATEO. Cuanto yo te digo,
¿no es por tu bien, alma mia?
En su nueva posicion,
Andrés, aunque no le cuadre,
ha de dar gusto á su padre
mas bien que á su inclinacion.
Hoy lo vá á legitimar;
para eso precisamente
vengo aqui; en el expediente
tengo yo que declarar.
Su clase ya es muy distinta;
se habla de un gran casamiento
preparado y al momento...
Lo sé de muy buena tinta.
En cuanto á mí, ya lo sabes,
tengo con que sostenerte
con lujo, y sabré quererte
cual quieren los hombres graves
Por lo demas, cada dia
mi fortuna vá en aumento,
y dentro de poco, cuento
ya la fábrica por mia.
Serás como las primeras
aqui; y para que derroches
tendrás oro, y lujo... y coches
y todo lo que tú quieras.
MARIA. ¿Tiene usted mas que ofrecer?
Voy muy pronto á contestar:
¡limosna iré á mendigar
antes que ser su mujer!
MATEO. Pues si esperas todavia
que Andrés de tu amor se acuerde,
tu necia esperanza pierde:

esta es la verdad, Maria.
Un brillante casamiento
para Andrés han proyectado;
hoy se lo han comunicado.

MARIA. ¡Andrés!... ¡Olvidarme asi!...
Preciso es que yo lo viera,
y quizás no lo creyera.

MATEO. Si no te fias de mí,
ya lo verás.

MARIA. ¡Y él consiente!...

MATEO. Es rica, y noble, y muy bella.

MARIA. ¡Y á mí me olvida por ella!

MATEO. Es claro.

ANDRES. (Saliendo.) ¡Díle que miente!

MATEO. ¡Ah!

MARIA. ¡Andrés!

ANDRES. Solo á tí te quiero,
y aunque renuncie á mi nombre
te probaré...

JUAN. (Que ha salido con Andrés, señalando á Mateo.)
Que ese hombre
es un pícaro embustero.

MATEO. ¡Infame!

JUAN. Vamos con calma,
que este es terreno neutral,
y en volviendo á hablarme mal
le voy á romper el alma.

MATEO. Á mí tal humillacion!

JUAN. Tengo mis dedos cabales,
y aqui ya... somos iguales.
¡Viva la Constitucion!

MATEO. Quiero pecar de prudente;
(Á Maria.)
y aunque ahora su amor te jura...
su padre mismo asegura...

ANDRES. ¡Le digo otra vez que miente!

JUAN. Claro está. (Á Maria.) Y si bien lo miras,
eso que á la espalda lleva,
aunque á negarlo se atreva,
es un costal de mentiras.

ANDRES. (Á Maria.)
Haces bien; esa esperanza

es mi consuelo mayor.
Cuenta siempre con mi amor
y ten en mí confianza.
Yo luego á buscarte iré.

MARIA. Te espero.

ANDRES. Yo poco tardo.
Adios. Á mi padre aguardo
y la verdad le diré. (Váse Maria.)
(Á Mateo.)
Y en cuanto á usted, si otro dia,
con razon ó sin razon,
vuelve con esa cancion
á perseguir á Maria...

JUAN. Basta, no hay mas que decir:
la leña habrá que emplear.

MATEO. (Ap.) Al Baron voy á buscar;
yo le sabré decidir.

JUAN. (Acompañando á Mateo hasta la puerta del foro.)
Por aqui. Yo en su dolor
le acompaño, ¡pobrecito!
¡Qué triste vá! Papaito,
no me guarde usted rencor.
¿Asi á un amigo se trata?
Venga esa mano ¡canario!
Adios, papá dromedario;
memorias á la postdata. (Váse Mateo.)

ESCENA XI.

ANDRÉS, JUAN, luego ARTURO.

ANDRES. Me causa un odio ese hombre...

JUAN. ¡Toma! ¿á quién no se lo causa?

ANDRES. Si no fuera por mi padre,
que dice que es necesaria
su presencia, á puntillones
lo hubiera echado de casa.

ARTURO. (Entrando por el foro.)
Quizás será alguno de estos.
Beso á ustedes... (Saludando.)

JUAN. (Á Andrés.) Tú, repara...
No sé si por tí pregunta.

(Á Arturo.)
Entre usted.
ANDRES. Pase usted.
ARTURO. (Bajando al proscenio.) Gracias.
JUAN. ¿Qué se ofrece?
ARTURO. ¿Un caballero...
que, segun creo, se llama
don Andrés?...
JUAN. (Á Andrés.) Tú, hombre.
(Á Arturo.) ¿Es el hijo
del Baron?
ARTURO. Justo.
JUAN. ¡Acabaras!
ANDRES. Yo soy; si algo se le ofrece...
JUAN. Mande usted con confianza.
ARTURO. (Á Juan.) No es usted con quien yo hablo.
JUAN. (Amostazado.)
¿Y qué mas dá? Yo soy...
ANDRES. Calla,
Juan, y deja que se explique...
JUAN. (Ap.) ¡Pues tiene buena crianza
el señorito! ¡Qué orgullo!
(Se pone á escuchar.)
ANDRES. Diga usted ya lo que traiga.
ARTURO. Solo con decir mi nombre...
Yo soy Arturo de Vargas.
ANDRES. ¿Y bien? Sea por muchos años.
JUAN. (Ap.) ¡Vaya una visita rara!
ARTURO. ¿Es que usted no me comprende,
ó hace que no sabe nada?
ANDRES. Algo sé; lo que usté ha dicho.
JUAN. Sabe como usted se llama.
¿Y qué tenemos con eso?
ANDRES. Si usted mas claro no habla...
ARTURO. Señor mio, si hasta ahora
la clase en que usted estaba,
obligarle no ha podido
á comprender ciertas prácticas,
en la posicion que ocupa
todo hombre de honor acata...
ANDRES. Esta es la misma monserga,
la mismísima matraca

que el negro y mi tia traen
conmigo á cada palabra.
(Alto.) Quiere usted decirme, claro,
qué es lo que quiere ó qué aguarda?

ARTURO. Yo vengo á pedirle cuentas
de su conducta.

ANDRES. ¿Y qué causa?...

JUAN. Eso es; diga usté el motivo...

ARTURO. Que usted de robarme trata...

ANDRES. ¡Yo!

JUAN. ¡Él!

ARTURO. Un corazon que es mio.

JUAN. (Ap.) ¡Qué disparates ensarta!

ARTURO. Sepa usted que yo amo á Elena,
y que ella tambien me ama.
(Andrés y Juan rien á carcajadas.)
¡Cómo! si quieren burlarse...

JUAN. ¡Hombre de Dios, mas cachaza!

ANDRES. Déjeme usted que le diga...

ARTURO. No, no quiero escuchar nada;
y si usted no es un cobarde,
(Movimiento de cólera de Andrés y Juan.)
como su conducta extraña
me hace sospechar...

ANDRES. ¡Por Cristo!

ARTURO. Apelemos á las armas;
que aunque hasta ayer un expósito
ha sido usted, mi ira es tanta,
que de nuestro nacimiento
no miro ya la distancia

ANDRES. No sé cómo no lo agarro...
¡Por Dios que si no mirara!...

ARTURO. Solo tiene usted un medio
para evitar mi venganza,
y es renunciar á la mano
de Elena.

ANDRES. ¡Yo!...

JUAN. (Á Andres.) Andrés, ten calma.

ANDRES. Conque usted quiere obligarme...

ARTURO. Á declarar sin tardanza
que á ella por siempre renuncia,
ó á que decidan las armas

la cuestion.

JUAN. (Á Andrés.) Déjame ahora
decirle cuatro palabras.
(Á Arturo.) Si tiene usted tanto empeño
en ir á romperse el alma,
Andrés y yo somos uno,
conque... póngase usté en guardia...
(Levantándose las mangas y cerrando los puños.)

ARTURO. Yo no acostumbro á batirme
de manera tan villana.

ANDRES. Nada; el sable ó la pistola.

JUAN. ¿Hay mas que irse á la muralla
y preparar dos morteros?
Si en tu pellejo me hallara,
Andrés... Dios te ha dado puños
para que con ellos...

ANDRES. (Á Juan.) Basta:
á mí el señor se dirige,
y yo á sus necias bravatas
contestaré como debo.
(Á Arturo.) Sepa usted que no me espanta
su ademan, y si no fuera
porque respeto la casa
de mi padre, ya arrojado
le hubiera por la ventana.
Si es reñir lo que usted quiere,
ya la paciencia me falta.
El arma, el sitio, la hora...
Cuando á usted le dé la gana.

JUAN. (Ap. á Andrés.) Pero oye: ¿vas á casarte
con tu prima? Hombre, no partas
de ligero.

ANDRES. (Id. á Juan.) Aunque supiera...
Si á su mano renunciara
despues de lo que ha pasado,
diria que renunciaba
por miedo, y á mí cobarde
ní él ni ninguno me llama.

JUAN. (Alto.) Tienes razon.

ARTURO. Conque en suma...

ANDRES. Creo que ya es excusada
mas conversacion.

JUAN. ¿Mas claro?
que con su prima se casa
por darle á usté en la cabeza,
y mas bien hoy que mañana;
y si usted quiere camorra
á tiros, á cuchilladas,
á puntapies, á bocados,
avise usted, y sin tardanza;
cuanto mas pronto se empiece
mejor, mas pronto se acaba.

ANDRES. ¡Mi padre!

JUAN. ¡Y tu tia, y todos!

ANDRES. ¡Silencio! Ni una palabra.

ESCENA XII.

DICHOS, el BARON, la CONDESA, ELENA, despues MARIA y MATEO, en la puerta del foro.

BARON. ¡Apenas creerlo puedo!
¡Qué veleidad... qué capricho!
¡Andrés! ¿qué es lo que me han dicho?

COND. Eso será algun algun enredo.
(Mateo y Maria aparecen.)

BARON. ¡Tú á la mano renunciar
de tu prima, por querer
dar tu nombre á otra mujer!

MARIA. ¡Ah!

ELENA. (Ap.) ¡Dios mio!

BARON. Sin tardar;
¿qué causa tu labio sella?
Su silencio me predice...

ARTURO. (Ap. á Andrés.)
¡Cuenta con lo que se dice!

ANDRES. (Con resolucion pasando al lado de Elena.)
Padre: á casarme con ella
pronto estoy.

ELENA. (Ap.) ¡Suerte inhumana!

MARIA. ¡Ay de mí! (Cayendo en los brazos de Mateo.)

MATEO. (Con aire de triunfo.) ¡Yo lo sabia!

ANDRES. (Volviéndose al foro y con desesperacion.)
¡Oh! Me escuchaba Maria.

BARON. (Estrechando la mano de Andrés.)
¡Hijo mio!

ANDRES. (Pasando al lado de Arturo, cogiéndole la mano y con el acento de un furor mal comprimido.)
Hasta mañana.

(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin: un cuerpo de edificio á la izquierda; á la derecha bosque; en el fondo pared baja con un postigo practicable en el centro.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, luego JUAN.

ANDRES. (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.)
Al fin nadie me ha sentido.
Las seis acaban de dar,
y Juan, sin duda, en la puerta
aguardándome estará.
Voy á ver.
(Abre el postigo del foro: Juan entra.)
JUAN. Aqui me tienes.
Buenos dias.
ANDRES. Adios, Juan.
JUAN. ¡La salud, desde ayer, buena?
¿Y tu padre, cómo está?
¿Bien? Me alegro. ¿Y la familia?
¿No hay ninguna novedad?
Eso es lo mejor. Yo, bueno;
y lo mismo por allá.
ANDRES. Las seis han dado, y al sitio
nos podemos acercar.
JUAN. Hasta las siete no hay prisa;

el sitio bien cerca está:
no hay mas que andar cuatro pasos,
y ahí en la orilla del mar...
Tenemos tiempo de sobra.

ANDRES. ¿Y las armas, dónde estan?

JUAN. ¿Las armas? Ellos quedaron
en traerlas.

ANDRES. ¿De ello estás
seguro?

JUAN. Asi se convino;
y si no... no faltarán.
Los amigos que nos siguen...

ANDRES. ¿Qué amigos dices?

JUAN. ¡Bah, bah!
Los de la fábrica; todos
se me han venido detrás.
Ya sabes lo que te quieren...

ANDRES. En venir hacen muy mal.
Sabes lo que nos han dicho;
que uno solo... y nada mas.

JUAN. ¡Qué diablo! ellos no se meten...
y no van mas que á mirar.
Eso ¿quién puede impedirlo?
No hay cosa mas natural.
Por otra parte, la fábrica
desde ayer cerrada está,
y en lugar de irse á estas horas
á la Rambla á pasear...

ANDRES. Conque al fin el jorobado...

JUAN. Por él embargado ya
está el establecimiento,
y si no puede pagar
el amo en dos ó tres dias,
todo se lo venderán.
¿Y de dónde ha de sacarlo?
De Barcelona se irá...
Asi nos lo dijo anoche.

ANDRES. Si yo pudiera alcanzar
que mi padre...

JUAN. Ahora pensemos
en nuestro asunto.

ANDRES Es verdad.

JUAN. ¡Riña mas tonta! ¡En mi vida
he visto una cosa igual!
¡Reñir asi!... Hombre, ¡qué estúpidos
son en la alta sociedad,
como ellos dicen! Nosotros,
viéndonos en caso igual,
nunca hubiéramos llegado...
si es una barbaridad.
La gente hablando se entiende:
con decir... venga usté acá:
Fulana y yo nos queremos.
Tú, con la misma lealtad,
le hubieras dicho: yo en otra
tengo ya mi voluntad,
por eso no haya disgustos;
llévesela usted, y en paz.
Con esto, y una botella
que fuerais luego á gastar,
y un buen apreton de manos,
como es cosa natural,
al fin quedabais amigos
los dos por siempre jamás;
y no que vas á romperte
la crisma, por sustentar
que quieres lo que en tu vida
has querido ni querrás.

ANDRES. ¡Ay, Juan! ¡y lo que mas siento
es lo que penando está
Maria! Ya ayer la viste...

JUAN. ¿Y ahora te vas á acordar?...
Si á hacer pucheros empiezas
la mano te temblará,
y el otro... En saliendo de esto
puedes verla y disculpar...
¿Qué mas disculpa que el caso
contarle de pe á pa?
Ea, vamos, no se haga tarde.

ANDRES. Si, mas bien quiero esperar.

(Se dirigen al postigo del foro: al mismo tiempo sale Maria por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

DICHOS, MARIA.

MARIA. ¡Andrés! (Los dos se detienen.)
ANDRES. ¡Maria!
JUAN. (Ap.) ¡Por vida!...
Anda, Andrés, no te detengas,
que vas á caer en falta,
y luego es una vergüenza...
ANDRES. Pero ¿quieres que me aleje
sin decirle adios siquiera?
JUAN. Yo se lo diré por ambos.
Estate ahí; no te muevas.
(Á Maria.)
Hola, chica, buenos dias;
me alegro de que estés buena:
yo... tambien; y él... muchas gracias;
no hay de qué; estimando, prenda.
Vamos á dar un paseo
junto al mar, que con la fresca...
Adios, volveremos pronto.
(Á Andrés.)
Vamos. ¿Ves? Ya está contenta.
MARIA. (Llorando.)
Sin decirme una palabra
se vá... Eso su amor me prueba.
ANDRES. (Volviéndose.)
¡Está llorando!
JUAN. (Cogiéndolo del brazo.) ¿Qué importa?
ANDRES. Déjame.
(Desasiéndose y corriendo hácia Maria.)
JUAN. (Ap.) ¡La hicimos buena!
ANDRES. Di, ¿por qué lloras, Maria?
MARIA. (Disimulando.)
Yo... no lloro.
ANDRES. En vano intentas
tus lágrimas ocultarme.
Te habrán causado gran pena
las palabras que ayer dije.
Maria... ¡si tú supieras!

JUAN. (Ap. á Andrés.)
¡Quieres callar! Si lo sabe
verás como no te deja
salir.

MARIA. Bien me lo decian;
pero yo nunca creyera...

ANDRES. Á pesar de lo que oiste,
á pesar de lo que veas,
mi corazon siempre es tuyo.

JUAN. (Ap.) No hay remedio; ahora la suelta.
(Alto.) ¡Andrés!

MARIA. ¿Cómo he de creerlo,
cuando hace usted la promesa
de casarse con su prima?

ANDRES. Voy á hablarte con franqueza.

JUAN. Andrés, van á dar las siete;
ya sabes que nos esperan...
(Por lo bajo.)
¡y te tendrán por cobarde!

ANDRES. ¡Ah!

MARIA. Si, si; no se detenga.
Váyase usted con su amigo,
que en alejarlo se empeña
de mí.

JUAN. (Ap.) Vá á cobrarme odio;
pero... ¿qué he de hacer? Por fuerza
hay que acudir á la cita.
(Alto.) Maria, aunque te parezca
que no obro bien, es preciso
que ahora Andrés conmigo venga.
Quizás dentro de muy poco
me perdonarás la ofensa,
y á él tambien, cuando descubras
lo que pasa; cuando sepas...
en fin, que es un buen muchacho
y que te quiere de veras.

ANDRES. Y si lo dudas, Maria...
(Se oye un reloj.)

JUAN. ¡Las siete! ¡Si á la carrera
no vamos, llegamos tarde!

ANDRES. ¡Tarde! ¡Juan, sígueme... vuela!
(Vánse los dos corriendo por el foro.)

ESCENA III.

MARIA, despues ELENA.

MARIA. Y los dos se van... corriendo...
¡Dios mio, qué es lo que pasa!
Tiemblo al pensar... No es posible. (Pausa.)
Y él... me ha dicho que me ama...
¡y vá á casarse con otra!...
¡Qué confusion tan extraña!
¡Oh! aqui viene... Señorita...
ELENA. ¿Y Andrés? ¿Le has visto? En su estancia
no está; acaba de decírmelo
asi su ayuda de cámara.
MARIA. (Señalando.)
Por allí salió hace poco
con ese amigo que estaba
ayer... con Juan.
ELENA. ¿Y has podido
hablarle?
MARIA. Pocas palabras.
Aunque con dolor inmenso,
de usted cedí á las instancias;
llegué aqui, cuando salian;
le llamé, y con voz turbada...
ELENA. ¿Qué te ha dicho?
MARIA. No comprendo
lo que de decirme acaba.
ELENA. Al fin, ¿qué es lo que te ha dicho?
MARIA. Lo de siempre; que me ama.
ELENA. Entonces... ¿cómo consiente...
por qué conmigo se casa?
MARIA. Yo no lo sé; algun misterio
hay que de ocultarnos tratan.
Al dar el reloj las siete,
por aquella puerta falsa
salieron los dos, diciendo
que fuera los esperaban;
que quizás dentro de poco
podrán ya decir la causa
que á obrar asi los obliga...

ELENA. ¡Él... salir tan de mañana
con un amigo... en silencio!...
¡Ah, qué sospecha me asalta!

MARIA. ¿Sabrá usted?...

ELENA. No; mas presumo
que de Arturo la amenaza...
Quizás la ha llevado á efecto,
¡Dios mio!

MARIA. ¿De qué trataba?

ELENA. Con Andrés... un desafio...

MARIA. ¿Y por qué?

ELENA. Arturo de Vargas
es el hombre á quien yo amo;
ayer presente se hallaba...
¡No, no, ya no tengo duda!
En este instante las armas...
¡Herido... y acaso muerto!...
¿Quién de estas mortales ansias
me sacará? ¡Alguien se acerca!
¡Mi tio! Otro le acompaña...

MARIA. ¡Mateo! ¡Siempre ese hombre!

ELENA. Silencio, que de ellos hablan.

(Se apartan á un lado y entran el Baron y Mateo, sin verlas al pronto.)

ESCENA IV.

DICHAS, el BARON, MATEO.

BARON. (Agitado.)
Pero ¿está usted bien seguro?

MATEO. Téngalo usted por muy cierto:
anoche se han convenido
las condiciones del duelo,
y hoy mismo deben batirse,
á las siete, segun creo.

BARON. (Mirando su reloj.)
¡Pero las siete ya han dado!
Y sobre todo yo espero...
Sin duda usted se equivoca.
No hay motivo ni pretexto...
Verá usted cómo responde.

Le hubiera sentido Pedro.
(Acercándose á la segunda puerta izquierda y llamando.)
¡Andrés! ¡Andrés! hijo mio!

ELENA. (Al Baron.) Es inútil.

BARON. ¡Tú aqui!

ELENA. Veo
que á Andrés está usted llamando
y él debe estar ya muy lejos.

BARON. ¡Elena! ¿acaso tú sabes?...
Dímelo, dímelo presto.

ELENA. Hace un rato que Maria
le vió salir muy ligero,
de un amigo acompañado...

MATEO. Del Duende: asi le hemos puesto
á un aprendiz de la fábrica,
que ha sido su compañero,
y viene aqui con frecuencia...

BARON. ¿Juan?

MATEO. Ese mismo; un pilluelo.

BARON. Pero ese jóven Arturo...
¿Qué causa ha habido entre ellos?
Y en fin, ¿sabe usted el sitio?
¡Quizás lleguemos á tiempo!
¡Llévame usted al instante!

MATEO. El sitio indicar no puedo;
pero el campo está muy cerca
de aqui...

MARIA. Si, los dos dijeron
que á pocos pasos estaban
aguardándolos.

BARON. ¡Mateo,
vamos, vamos en su busca!
(Se oye un tiro. Deteniéndose.)
¡Un tiro!

TODOS. ¡Ah!

BARON. ¡Dios de los cielos!...
Esperad... No se oye el otro... (Pausa.)
Si por desgracia el primero...
No, ya no me cabe duda;
¡uno de los dos ha muerto!
¡Ah, desgraciado hijo mio!

¡Vamos, vamos á su encuentro!
Quiero correr... y las fuerzas
me abandonan... (Vacila.) ¡Oh, qué es esto,
Dios mio! (Los tres lo sostienen.)
Corred... salvadle...
Yo no puedo... yo no puedo...
(Lo sientan en un banco del jardin.)

MATEO. Sosiéguese usted. Un tiro...
ELENA. Se oyen á cada momento.
Gentes que salen de caza...
BARON. ¡No, no; mis presentimientos,
cuando desgracias me anuncian,
siempre, siempre salen ciertos!
No sé lo que por mí pasa.
En cien combates he expuesto
mi vida y nunca he temblado;
todos me han visto sereno;
y ahora... (Levantándose.)
¡Temblar un marino!
¡Jamás! ¡Flaco y débil cuerpo,
mi voluntad es quien manda!
(Hace un esfuerzo, recobrando su energía.)
¡Vamos, que ya estoy dispuesto!
(Se dispone á salir con Mateo por el postigo del foro.)
MATEO. (Viendo entrar á Arturo.)
Mirad: allí viene...
ELENA. ¡Arturo!
BARON. ¡Viene solo! (Deteniéndose, con dolor.)
MARIA. (Exhalando un grito.) ¡Andrés!
BARON. (Ap.) ¡Ha muerto!

ESCENA V.

DICHOS, ARTURO.

ARTURO. Señor Baron...
BARON. Lo sé todo.
¡Mi hijo!...
ARTURO. Aqui esperaba verlo.
Él me encargó que viniera...
TODOS. ¡Vive!
BARON. ¿Está herido?

ARTURO. No; el duelo
por fortuna ha terminado
sin sangre; y mucho me alegro,
porque él es todo un valiente
y un cumplido caballero.

BARON. (Con alegria.)
Pero ¿qué causa?...

ARTURO. Decirla,
aunque quisiera, no puedo.
Él ha tomado á su cargo
la explicacion del secreto;
poco tardará, y entonces,
el motivo conociendo,
que usted me otorgue no dudo
su perdon, que es lo que anhelo.
Ahora, si usted me permite,
me retiraré un momento.
Despues vendré á suplicarle
que una á los mios sus ruegos.
(Váse por el foro, por donde entra al mismo tiempo Juan, ligeramente bebido.)

ESCENA VI.

El BARON, ELENA, MARIA, MATEO, JUAN, luego la CONDESA.

JUAN. (Mirando á Arturo, que sale.)
Anda con Dios: te aseguro
no hablarte mas en mi vida.
Está dicho. El que se larga
cuando los amigos trincan
con la botella en la mano
celebrando su alegria,
no es amigo, ni merece
que entre amigos se le admita.
(Bajando al proscenio.)
Señor Baron... con licencia... (Saluda.)
(Á Elena.)
Perdone usted, señorita...
(Á Maria.)
Ahora que ya puedo hablarte,

lo sabrás todo, Maria.
(Reparando en Mateo.)
¡Hola! ¿usted por estas tierras,
papá... camello? ¡Por vida!
¿Cuándo deja usté el servicio?
Ama tanto la milicia,
que anda de dia y de noche
cargado con la mochila.
(Al Baron.)
Usted perdone; son bromas...
y conmigo no se pica.
(La Condesa entra.)

BARON. Dejemos eso: ante todo,
lo que quiero es que me diga
dónde está Andrés.

JUAN. Ahí cerca,
al revolver de la esquina,
en la taberna, empinando
en la amable compañia
de unos cuantos compañeros
que han presenciado la riña.

COND. ¡Qué horror! ¿Y á beber se atreve?...

JUAN. ¡Pues si es un vino que quita
las penas! Si usted probara...

BARON. (Á Juan.)
Pero usted, segun se explica,
sabrá... ¿Cómo fué ese duelo?

JUAN. ¿Cómo? La cosa es sencilla:
es el primero que he visto;
pero le juro, á fé mia,
señor Baron, que estos lances
no tienen gracia maldita.
Apenas dieron las siete,
tras de esa tapia caida
que está á la espalda, llegamos
Andrés y yo; ya venian
hácia nosotros el jóven,
causa de la tremolina,
y otro que le acompañaba;
un mancebo de botica,
creo yo, por los olores
que su ropa despedia;

con guantes... muy currutaco,
botas de charol muy limpias,
y los bigotes muy tiesos
untados de trementina.
Cuando á nosotros llegaron,
un millon de cortesias
nos hicieron; yo pensaba
que, tras de tanta política,
no era cosa de romperse
los huesos; claro, y ya iba
á dar á entrambos las gracias,
cuando veo que el droguista
abrió una caja muy mona
que bajo el brazo traia,
y sacó, sin decir nada,
dos pistolas muy bonitas,
dando una á Andrés y otra al otro
bajo un pañuelo escondidas.
La de Andrés yo por mi mano
la escogí; su sangre fria
me dió aliento: no temblaba.

BARON. ¡Bien!

JUAN. Lo juro por mi vida.
Luego á veinticinco pasos
se pusieron; la consigna
fué que cada cual tirara,
hecha la señal precisa,
cuando bien le pareciera,
pudiendo sobre su víctima
avanzar hasta una raya
que en ambos lados se hacia.
En esto, el de los bigotes
entrambos guantes se quita,
dá tres palmadas, y... aquello
fué un momento de agonia
para mí; cierro los ojos, y...
¡pun! el otro es quien tira:
no es Andrés; pero está en salvo;
y en medio de su alegria
exclama: yo le perdono;
la pistola á un lado tira,
y en vez de buscar venganza,

al contrario se aproxima;
le dá la mano; en un verbo
los dos á un tiempo se explican;
usted perdone el agravio;
amigo, yo no creia...
y al abrazarse se acercan
todos los que nos seguian,
y al aire, de puro gozo,
sombreros y gorras tiran.
Señor Baron, ¡qué espectáculo!
¿Qué hacemos? una voz grita.
¡Á la taberna! ¡Al instante!
Y allá vamos en seguida,
menos los dos señoritos,
que quizás no llevarian
dos cuartos, y se largaron
al revolver de la esquina.
¡Vayan con Dios! Su dinero
no ha hecho falta maldita.

BARON. Mas ¿qué dió lugar al lance?
Porque algun motivo habria...

JUAN. ¿Motivo? ¿No habia de haberlo?
(Viendo á Andrés, que entra por el foro.)
Aqui está Andrés; que él lo diga.

ESCENA VII.

DICHOS, ANDRÉS.

TODOS. ¡Andrés!

ANDRES. ¡Perdon, padre mio!

BARON. ¡Oh, qué mañana me has dado!
Dí ¿qué causa ha motivado
tan extraño desafio?

ANDRES. Mucho afligirle me pesa,
y la causa le diré
luego que á solas esté
con mi padre y la Condesa.
(Elena y Maria se dirigen á la primera puerta de la izquierda.)

JUAN. Claro, no quiere testigos.
(Á Andrés, señalando á Mateo, que permanece rehacio.)

Verás qué pronto se larga.
(Á Mateo, dándole una palmada en la joroba.)
¡Eh! por allí con la carga.
(Señalando á la puerta.)
Yo, en busca de los amigos.
(Váse por el foro; Mateo sale por la izquierda.)

ESCENA VIII.

La CONDESA, el BARON, ANDRÉS.

BARON. Ya estamos solos: hablar
puedes sin ningun recelo;
pero, ante todo, á ese duelo,
dime, ¿qué ha dado lugar?
ANDRES. Sin que yo le conociera,
ese jóven llegó aqui,
y dirigiéndose á mí
se expresó de esta manera:
«Arturo de Vargas soy:
»si usted su existencia estima,
»á la mano de su prima
»renuncie usted desde hoy.
»De lo contrario, yo espero
»que contestarme sabrá,
»si es que lo ha aprendido ya,
»cual contesta un caballero.»
Viéndome en tal situacion,
morir, dije, es mi deber;
morir, antes que ceder
ni darle satisfaccion.
Y ante él casarme ofrecí
con mi prima, y luego ufano
con las armas en la mano
á contestarle corrí.
BARON. Bien, hijo: yo te aseguro
que solo con lo que has hecho...
ANDRES. Padre...
COND. Mas ¿con qué derecho
vino á exigir ese Arturo?...
Él solicitó su amor;

pero Elena, á no estar loca...
(Á Andrés.)
Si de nuevo te provoca,
despreciarlo es lo mejor.

ANDRES. Ya no habrá necesidad.
Ayer fuimos enemigos;
pero hoy ya somos amigos:
yo le hablé con claridad.

BARON. Y él, viendo que generoso
el arma arrojaste á un lado,
cedió; con eso ha probado
ser hombre pundonoroso.

ANDRES. Por mas que le cause pena,
yo... con mi deber cumplí,
padre mio, y le ofrecí...
no casarme con Elena.

COND. ¡Ah!

BARON. ¡Qué dices!

ANDRES. La verdad;
y, á no verme provocado,
se lo hubiera declarado
antes con sinceridad.

COND. ¡Á mi hija tan grave afrenta!

BARON. ¿Qué dirá Elena de tí?

ANDRES. Mi prima, al obrar yo asi,
se dará por muy contenta.
Él la ama, de ella es amado...

COND. Esa acusacion desdora...

ANDRES. Usted perdone, señora:
ella me lo ha confesado.

COND. ¡Qué escucho! Y aunque asi fuera,
pronto le haré yo olvidar...
Mi hija no puede amar
sino al que su madre quiera.
Su clase, su educacion
y mi palabra empeñada
lo exigen.

ANDRES. ¿Y para nada
cuenta usted su corazon?

BARON. Óyeme, Andrés; yo confio
en tu gratitud, primero;
y despues...

ANDRES. Padre, yo espero
que usted cuente con el mio.
(Señalando al corazon.)
Cuando era solo en el mundo,
á una mujer conocí,
y consagrarle ofrecí
mi amor eterno y profundo.

BARON. Pero ese amor, á tu edad,
solo debe compararse
con un sueño, que olvidarse
puede con facilidad.
¿Ó quieres que en este dia
renuncie desesperado
á los planes que he formado
para tu dicha y la mia?

ANDRES. ¿Y no fuera mayor pena
y mas grande su afliccion,
haciendo con esa union
mi desgracia y la de Elena?

COND. Yo respondo de mi hija;
sé que su felicidad
es cumplir mi voluntad
en todo cuanto le exija.

BARON. Y él, aunque al pronto se niega,
cumplirá con su deber,
bastando á obligarle el ver
que su padre se lo ruega.

COND. ¡Rogar un padre! En verdad
que ese lenguaje es extraño.
Mostrar flaqueza es en daño
siempre de la autoridad.

BARON. (Á Andrés.)
Mi hermana tiene razon
al extrañar mi flaqueza.

COND. No sé qué es de la entereza
de carácter del Baron.

BARON. Ya vé Andrés cómo le trato,
y que mi indulgencia es mucha;
mas, si mi ruego no escucha,
escuchará mi mandato.

ANDRES. Sin ser amado de Elena,
sin amarla yo... ¡jamás!

BARON. ¡Hijo ingrato!... al fin harás
lo que tu padre te ordena.
COND. ¡Bien dicho!
ANDRES. Padre y señor:
si yo solo padeciera,
el sacrificio le hiciera
de mi vida, que es mi amor;
pero hay quien en mí confia;
mi palabra está empeñada...
y... si se viera engañada...
el dolor la mataria.
BARON. Tu ingratitud me estremece:
vuelve la vista hácia atrás,
y entonces comprenderás
lo que tu padre merece.
ANDRES. ¡Oh! (Ap.) Á contestar no me atrevo,
Es mi padre, y no hay razon...
(Alto.) Conozco mi situacion,
y sé lo que á usted le debo;
pero nunca presumí
que mi padre me diria:
«hijo, la voluntad mia
ley suprema es para tí.
Mi afan es verte dichoso;
sé á mis mandatos propicio,
y hazme solo el sacrificio
de tu dicha y tu reposo.
Hoy, que nueva posicion
en la sociedad alcanzas,
renuncia á tus esperanzas,
dá muerte á tu corazon.
Y si en tu dolor profundo
recuerdos de horror te afligen,
no importa, que asi lo exigen
las conveniencias del mundo.»
BARON. ¡Andrés!
ANDRES. Si en la sociedad
eso es gozar y vivir...
mas me valiera morir
hijo de la caridad.
BARON. ¡Andrés!
ANDRES. ¡Perdon, padre mio!

BARON. ¡Hijo del alma!
ANDRES. ¡Perdon!
BARON. No sabes cuánta afliccion
me causa tu desvario.
Para obligarte á ceder
no en un capricho me fundo,
ni en vanidades del mundo;
solo me obliga un deber,
del cual quiero hablarte ahora.
Nada por fuerza te exijo;
pero tú, como buen hijo...
(Á la Condesa.)
Permítame usted, señora.
(Por lo bajo.)
Mi último esfuerzo á probar
voy.
COND. ¡Cuánta condescendencia!
¿Cree usted que mi presencia?...
BARON. Á solas le quiero hablar.
(Váse la Condesa por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

ANDRÉS, el BARON.

BARON. Óyeme, Andrés, hijo mio,
sin perder una palabra,
y te diré lo que há tiempo
sabrias, si sospechara
hallar en tí resistencia
á esa union ya concertada.
Quince años vá á hacer ahora
que, mandando una fragata,
desde el puerto de Manila
hice rumbo para España.
Tu tio, el padre de Elena,
conmigo la vuelta daba,
despues de haber realizado
cuanto en aquellas comarcas
poseia; una fortuna
que pocos hombres alcanzan.

Propicio el viento, las velas
de nuestro bajel hinchaba,
y eran todos los presagios
de una próspera bonanza...
Cuando una noche el vigia
que sobre la cofa estaba,
nos anuncia que dos buques
se acercan, dándonos caza.
Subo al puente, y á los rayos
de la luna, que ocultaba
ya su faz entre las nubes
que el horizonte velaban,
pude observar con asombro
que eran dos buques piratas.
La fuga, á mas de imposible,
hubiera sido tachada
de afrentosa cobardia,
y asi el honor me mandaba
hacer un heróico esfuerzo...
Puesta en Dios mi confianza,
á los valientes reuno
que mi buque tripulaban,
é hicimos el juramento
de morir en la demanda,
antes que ver nuestra insignia
por el enemigo hollada.
Los buques llegan; la lucha
fué horrenda; no habia esperanza...
y viéndonos ya perdidos
un bote echamos al agua... (Pausa.)
Seis eramos ya tan solo;
los demas muertos quedaban.
Saltamos en él, la mecha
tirando en la Santa Bárbara,
y al entrar el enemigo
la horrible explosion estalla,
sepultando entre las olas
al que libertan las llamas.
¡Qué noche aquella, hijo mio!

ANDRES. Solo de escucharlo el alma
se entristece.

BARON. Óyeme atento,

que el golpe mas rudo falta.
Velados por las tinieblas
de una noche tan aciaga,
bogamos en nuestro esquife
los seis, en mortales ansias
envueltos. Mi pobre hermano,
mal herido, lamentaba,
no ya el perder su fortuna
que entre las ondas quedaba,
sino el perder para siempre
su esposa, su hija adorada,
á quienes ya era imposible
volver á ver. Mi desgracia
era grande; pero al verle
mortal angustia me asalta.
Querer prestarle socorro
era en vano... sus palabras
ya apenas se comprendian...
yo en mis brazos le estrechaba,
vertiendo, como ahora vierto,
tristes y abundantes lágrimas... (Pausa.)

ANDRES. ¡Padre mio!

BARON. Ya la muerte
sus mustios ojos cerraba,
cuando haciendo un grande esfuerzo,
mi mano estrecha y exclama:
«Hermano, dejo una hija
y una esposa abandonadas...
Óyeme en nombre del cielo,
y si es que tu vida salvas,
sé tú su amparo en el mundo.»
Pon en mí tu confianza,
le contesté, que si vivo,
cuanto tenga, cuanto valga,
de ellas será; y si la suerte
quiere que, al volver á España,
encuentre al hijo que lloro,
por la memoria sagrada
de nuestros padres te juro
que del Señor ante el ara
esposo será de Elena.
«Fio, hermano, en tu palabra,

me dijo; y el juramento
que ante Dios de hacer acabas,
bendiciéndote recibo...»
Y desprendiéndose el alma
de aquel mártir, voló al cielo,
y desde allí su mirada
nos dirige.

ANDRES. ¡Padre mio!

BARON. Solo el salvarnos faltaba,
y su intercesion sin duda
fué tan poderosa y santa,
que en medio de aquellos mares,
sin recursos ni esperanza,
vimos acercarse un buque
que nos socorre y ampara,
conduciéndonos á un puerto
de nuestra querida patria. (Pausa.)
Ahora que todo lo sabes,
Andrés, dime si es sagrada
mi promesa. La fortuna
que de su padre esperaba
no existe ya para Elena,
y acaso yo fuí la causa.
¿Debo negarle la mia?

ANDRES. Al contrario. Dios le manda
que se la dé toda entera.
Á mí nada me hace falta:
sé trabajar... ¿Y qué importa
que la boda no se haga?
Déle usted cuanto posea;
yo no reclamaré nada.

BARON. Eso, Andrés, es imposible:
hay leyes justas y sabias
que impiden privar á un hijo...

ANDRES. Pero si este no reclama...
Yo firmaré una escritura.

BARON. Hijo, aun cuando eso bastara...
Hay deberes de los cuales
un padre nunca se aparta.
De tu madre á la memoria
ofrecí, si te encontraba,
darte un nombre, y las riquezas

al nombre son necesarias.
¿He de faltar á mi hermano,
ó á tu madre? Habla, Andrés, habla.
El sacrificio es costoso,
lo sé, pero á Dios agradan
los sacrificios que enjugan
de un padre infeliz las lágrimas.
Desde el cielo nos contempla
tu madre, que confiada
depositó en mí su honra
y el hijo de sus entrañas:
desde allí tambien nos mira
mi hermano, á quien mi palabra
empeñé, cuando á las puertas
de la muerte se encontraba.
¿Á quién he de ser perjuro?
Tu fallo espero... ¿Qué tardas?
Si una maldicion es fuerza
que sobre mi frente caiga,
tú la invocarás... responde.

ANDRES. (Muy conmovido y lanzándose en los brazos del Baron.)
¡Padre mio, basta, basta!
Seré el esposo de Elena.
Aqui lo juro, á sus plantas.
(Ap.) Quiero comprar su ventura...
á costa de mi desgracia.

BARON. (Abrazándolo.)
¡Dios, como yo, te bendiga!
¡Alguien se acerca! Que nada
sospechen...

ANDRES. Yo... por mi parte...

BARON. (Viendo llegar al Oficial de marina.)
¡Oh! ¡noticias de la escuadra!

ESCENA X.

DICHOS, un OFICIAL DE MARINA.

OFICIAL. Mi capitan, este pliego...
Ahora acaban de traerle. (Dándoselo.)

BARON. ¿Á ver? Órden del ministro;

y en el sobre dice: urgente.
(Abre y lee para sí.)
¡Dios mio! (Mira su reloj.) ¡Tengo una hora
solo para disponerme!...
(Leyendo.)
«Sobre la costa africana...»
(Hablando.)
¡Oh! el peligro es inminente...
Mi honor es antes que todo.

ANDRES. Padre, ¿qué es lo que sucede?

BARON. Nada, hijo mio; una órden
que recibo de mi jefe
para embarcarme al instante.

ANDRES. ¡Tan pronto!

BARON. El que cual yo emprende
la carrera de las armas,
á ella solo pertenece.
(Llevándolo aparte.)
Fio, Andrés, en tu promesa;
fio en que solo la muerte
podrá impedirte el cumplirla.

ANDRES. Lo haré asi, pues Dios lo quiere.

BARON. (Estrechándole la mano.)
¡Gracias, hijo mio, gracias!
(Al Oficial.)
Señor Oficial, al muelle
iré antes de media hora.
Tenga usted lista la gente,
y que todos en sus puestos
mi llegada á bordo esperen.
(Váse el Oficial.)
Ahora, Andrés, ven á mis brazos.
Ven, que tu padre te estreche
quizás por la vez postrera. (Se abrazan.)

ANDRES. Segun eso, usted no vuelve...

BARON. No lo sé.

ANDRES. Yo á despedirle...

BARON. Es preciso que te quedes
aqui. Voy á dar mis órdenes,
y un minuto que me quede,
vendré otra vez á abrazarte.

ANDRES. Aqui le espero impaciente. (Váse el Baron.)

ESCENA XI.

ANDRÉS, luego MARIA.

ANDRES. (Despues de una pausa.)
¡Dios mio, qué es lo que he hecho!
¡Qué horrible es mi situacion!
¡Al pensarlo, el corazon
me quiere saltar del pecho!
Será la desgracia mia,
será tambien la de Elena,
y para colmo de pena
¡la de la infeliz Maria!
Cuando lo llegue á saber,
por infame me tendrá,
y ¿qué dirá? ¿qué dirá?

MARIA. (Saliendo de la segunda puerta de la izquierda.)
Que has cumplido tu deber.

ANDRES. ¡Maria!

MARIA. Tu prima y yo
ocultas hemos estado:
todo lo hemos escuchado...
No eres un infame, no.
El bien de tu padre labra;
Dios bendice al que es buen hijo...
Andrés... yo nada te exijo...
Te devuelvo tu palabra.

ANDRES. ¡Maria!

MARIA. Ya nada espero...
un sueño fué nuestro amor...
Por si me mata el dolor,
recibe mi adios postrero.

ANDRES. ¡Maria!... ¡Tormento horrible!
¡No, no te alejes de mí!
¿Qué importa lo que ofrecí,
si cumplirlo es imposible?

MARIA. ¡Calla!

ANDRES. ¡Á tan duro tormento
condenados!... ¿Qué he de hacer?
No, Dios no puede querer
que cumpla mi juramento.

Corro á mi padre á buscar;
yo le diré mi quebranto;
y si no logra mi llanto
su corazon ablandar...

ESCENA XII.

DICHOS, ARTURO.

ARTURO. (Que ha escuchado los últimos versos.)
Ya en vano querrá impedir...
Todos saben su promesa.
El Baron con la Condesa
ahora acaba de salir.
ANDRES. Pero pronto volverá;
y entonces, de varios modos...
Rogándole unidos todos,
yo espero que cederá.

ESCENA XIII.

DICHOS, JUAN, DON MIGUEL y algunos OPERARIOS de la fábrica.

JUAN. (Entrando por el foro izquierda, seguido de D. Miguel y operarios.)
Por aqui, hombres, por aqui.
Yo tengo ya confianza...
(A D. Miguel.) No pierda usted la esperanza:
entrad todos tras de mí.
(Al ver á Andréa.)
¿Ven ustedes? Allí está.
ANDRES. ¿Quién llega?
JUAN. (Á D. Miguel.) En queriendo él...
(Á Andrés, bajando con los demas al proscenio.)
Soy yo, Juan, y don Miguel,
y los muchachos de allá.
Todos en mi compañia
vienen, chico, sin temor,
á pedirte un gran favor.
¡Qué diablo! la cosa urgia.
(Á D. Miguel.) No me dé usted con el codo,

que él no me dejará feo.
(A Andrés.) Andrés, claro, el tio Mateo
vá á hacerse dueño de todo.

ANDRES. ¡Ah!

JUAN. Nosotros, si él se queda,
no queremos trabajar,
y yo he dicho: hay que buscar
alguien que impedirlo pueda.
Y me he acordado de tí,
tu promesa recordando;
y en tu bondad confiando,
todos venimos aqui.
Andrés, les dije, es buen chico,
y hará cuanto pueda hacer,
que de algo le ha de valer,
el tener un padre rico.
Pudiendo... el diablo me lleve
si él no presta, y al contado,
para dar al jorobado
cuanto don Miguel le debe.
Estas fueron mis razones;
ellos son buenos testigos;
y... ¡qué diablo! los amigos
son para las ocasiones.
Conque la cosa es de urgencia:
si puede hacerse el favor,
cuanto mas pronto mejor;
si no, á otra parte, y paciencia.

ANDRES. (Á D. Miguel, estrechándole la mano.)
Nunca lo que á usted le debo
podré olvidar, se lo juro.

MIGUEL. Solo al verme en tanto apuro
este paso á dar me atrevo.

ANDRES. Si; yo á mi pabre hablaré;
tiene muy buen corazon;
pero ¡en qué triste ocasion!...

JUAN. No es muy agradable á fé.
Aprovecha tus deseos,
Andrés; pues segun barrunto,
entienden ya en el asunto
escribas y fariseos.
¿Pero qué es lo que te pasa

que tan abatido estás?
¿Callas? (Á Maria.) Tú me lo dirás.

MARIA. ¡Hoy... con su prima se casa!

JUAN. Qué, ¿dura eso todavia?
Entonces ¿de qué sirvió?
(Demostrando con su accion el momento del duelo.)

ANDRES. Mi padre me lo exigió...

JUAN. ¿Si? ¡pues vaya una mania!

ANDRES. (Viendo á la Condesa, que entra con Mateo por la primera puerta izquierda.)
¡Aqui estan! Yo les diré...
(Á todos.) Aunque mi padre se niegue...
rogadle cuando yo ruegue;
salvadme, ¡y os salvaré!

ESCENA XIV y ÚLTIMA.

DICHOS, la CONDESA, ELENA, MATEO.

COND. ¿Qué busca esa gente aqui?

JUAN. (Ap.) ¡Á que nos vá á echar ahora!
(Alto.) Sosiéguese usted, señora:
vienen conmigo, y por mí.
Y aunque nadie nos ha dado
para entrar aqui licencia,
es gente de mas conciencia
que ese que trae usté al lado.
(Señala á Mateo.)
Pues, nada de extraño tiene
que aqui aguarden la ocasion
de hablar al señor Baron.

COND. El señor Baron no viene.

ANDRES. ¿Que no viene? ¿dónde está?

COND. Donde lo llama el deber.
Esta carta le hará ver
las órdenes que le dá.
(Le entrega una carta.)

ANDRES. ¡Sin abrazarme ha partido!
¡La mano el papel me quema!

JUAN. Ábrelo, Andrés, y ten flema.
(Volviéndose á Miguel y los Operarios, por lo bajo.)
Se fué; trabajo perdido.

ANDRES. (Leyendo.)
«Mi deber me obliga en este momento á hacerme á la mar, y me es imposible volver á »abrazarte. Dejo, sin embargo, firmada el »acta de reconocimiento, que no puede ser »válida, sin que pruebes tu identidad con »un escrito que te entregará Mateo, donde »anulo tambien la última disposicion de mis »bienes, hecha en favor de tu prima. Parto »en la confianza de que cumplirás tu pro»mesa, y cuando oigas el cañon que anuncia »mi partida, tu padre se hallará en el puen»te del buque, que de tí lo aleja, elevando al »cielo las manos para bendecirte!...»
(Hablado.) ¡Padre!... me falta el aliento!

MATEO. (Entregándole unos papeles.)
Ahora, Andrés, hé aqui el escrito.

ANDRES. Y... sin este requisito...

MATEO. Nulo el reconocimiento.

ANDRES. (Muy conmovido.)
¡Y ya á Elena y á su madre
ningun deber encadena...
y entonces... es para Elena
la fortuna de mi padre!...

MATEO. Si.

ANDRES. ¡Con su felicidad
la mia á recobrar voy!
(Haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo y rompiendo los papeles que le ha entregado Mateo.)
¡Andrés, vuelve á ser desde hoy
hijo de la caridad!

TODOS. ¡Ah!!!

JUAN. ¡Bien! ¡fuera orgullo vano!
¡De alegria salto y brinco!
¡Ven, número ochenta y cinco:
vuelve á abrazar á tu hermano!
(Se abrazan.)

COND. (Á Elena.) Ya es imposible tu union,
pues él renuncia á su nombre.

ANDRES. (Tomando de la mano á Arturo y llevándolo junto á la Condesa.)
Cásela usted con el hombre

que eligió su corazon.

ARTURO. (Estrechando con gratitud la mano de Andrés.)
Toda mi sangre daria
por ver su dicha colmada.

ANDRES. (Tomando la mano de Maria.)
Dios me la tiene guardada
en el amor de Maria.

COND. (Á Mateo.) Me tiene de asombro llena.

ANDRES. (Á la Condesa presentándole á D. Miguel.)
Señora, en manera alguna
quiero usar de la fortuna
de la señorita Elena;
y si hoy le pido un favor,
es que me encuentro obligado
á salvar á este hombre honrado,
que ha sido mi protector.

COND. Sé lo que á pedirme vá,
y...

MIGUEL. No es un favor tan leve.

COND. (Señalando á Mateo.)
Hoy todo cuanto usted debe
Andrés mismo pagará.

JUAN. ¡Viva! ¿dónde hay una escoba
ó un palo?... se lo ofrecí,
y en cuanto salga de aqui
le he de romper la joroba.
(Váse Mateo arrojado por los Operarios.)

COND. (Á Miguel.) No heriré su pundonor;
con el dote de Maria,
podrá entrar en compañia
de su antiguo protector.
(Se oyen tres cañonazos lejanos.)

TODOS. ¡Ah!

ANDRES. (Descubriéndose.) ¡Silencio! El cañon truena.
Al eco de su estampido
la voz de un padre querido
en mi corazon resuena.
¡Dame, oh padre, tu perdon!
si á tu nombre he renunciado
por siempre estará grabado
dentro de mi corazon:
á tus mandatos falté,

y por tí solo me aflijo;
si aqui no soy ya tu hijo,
siempre ante Dios lo seré.
No le niegues tu perdon,
no lo niegues, padre amado,
al hijo, que arrodillado
recibe tu bendicion.
(Se arrodilla. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 2 *de octubre de* 1861.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ADMINISTRADAS EN ESTA GALERIA.

DIEGO CORRIENTES, refundido en cuatro actos y cinco cuadros.

VANIDAD Y POBREZA, comedia en tres actos.

UN DIA DE PRUEBA, drama en tres actos.

UN VERSO DE VIRGILIO, arreglo en tres actos de la excelente comedia que con el mismo título escribió en francés Mr. de Melesville, autor del *Sullivan.*

UN RECLUTA EN TETUAN, juguete cómico en un acto.

UN AUTO DE PRISION, zarzuela en un acto.

UN JALEO EN TRIANA, cuadro cómico-lírico de costumbres andaluzas.

EL HIJO DE LA CARIDAD, drama en tres actos y en verso.

ERRATAS NOTABLES.

PÁG.	LÍN.	DICE.	DEBE DECIR.
7	9	duende	Duende
7	31	duende	Duende
14	7	yo iré decirle	yo iré á decirle
17	33	soy muy pobre,	soy una pobre,
20	3	Voy á cumplir veinte años,	Tengo ya veintitres años,
24	últ.	la puerta de la	el foro
28	17	se lo daba	Se lo daba
28	35	JUAN.	JUAN. (Á Mateo.)
29	12	siempre	Siempre
29	23	JUAN.	JUAN y OPERARIOS.
30	5	MARIA, ELENA.	MARIA, despues ELENA.
38	24	El duende,	El Duende,
55	falta despues de la línea 4.ª este verso:		y él dá su consentimiento
57	39	en la posicion	que en la posicion
60	29	Su silencio	Tu silencio
87	34	pabre	padre

Maria.
1848.
vista de pájaro.

lanco.
se entiende, ó un hombre.
do.
contra nobleza.
o oro lo que reluce.

de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
idas las de honor, ó el
rio del Cid.
erta del jardin.
caballero es D. Dinero.
eniales.

vido al Coronel!...
ucho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
buena ley.
ias feo.

a la Gitana.
Marte.
Flora.

ando.
riquita.
santo, ó el Alcalde pro-

ller.
ino.
o de una ópera.
ero y la maja.
del hortelano.
a y en Marruecos.
en la ratonera.
no mono.
de carnaval.
io (drama lírico.)
llon de la Rioja *(Música)*
nde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

reccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, egundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcía	Hered. de Andri
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hij
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodrigue
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.